

carlos platero fernandez



MIS EXPLORACIONES CANARIAS

“COLECCION LECTURAS CANARIAS”

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

PROLOGO

Se me ha pedido la presentación de esta obra y no puedo desairar al autor Carlos Platero Fernández, por merecerme toda clase de consideración y ser acreedor a que se le estimule en la labor emprendida de revalorizar temas canarios, máxime no siendo natural de las Islas Canarias. El señor Platero Fernández siente acuciante pasión por los problemas histórico-arqueológico-etnológicos del Archipiélago Afortunado y en particular por los de Gran Canaria, donde reside. Lo tiene así manifestado en artículos de prensa y en la publicación de su obra "De la Historia de Canarias". Esa preocupación sincera por conocer la naturaleza de nuestra isla le ha inducido a familiarizarse con ella, a través de excursiones frecuentes, que le han llevado a recrearse ante sus más encontrados y bellos panoramas de costa, de medianías y de cumbre, a interesarse por los vestigios del vivir de los primitivos canarios, reconociendo cuevas y otros hitos del pasado pre-hispánico de Gran Canaria. Esa noble y plausible inquietud, sin afán de erudición, y si a vuela pluma, y con sinceridad, la hace ahora pública en esta su nueva obra "MIS EXPLORACIONES CANARIAS".

Para mí ha sido una sorpresa y una gentil deferencia, que agradezco, la amable invitación hecha, en cuanto no conocía al autor. En parte, en ésto estriba el aceptar el ruego. Mis palabras son, pues, de cordial estímulo para Carlos Platero, por tener plenamente demostrado su alto interés en los problemas cultorológicos canarios. Valorándolos así, se manifiesta en el curso del texto, por lo que no podemos menos de aconsejar la lectura y reflexión sobre los temas por él tratados gozosamente, objetivamente y en síntesis; a la par que con facilidad de expresión y certera visión de lo que ha visto. Su contenido es un aliciente para la juventud estudiosa y para cuantos desde distintos ángulos deseen adentrarse en estos estudios.

La obra es un notable y ameno relato de localidades grancanarias y de cuantos accidentes fisiogeográficos ha visto el autor, fruto de sus reiteradas excursiones por los distintos radios de Gran Canaria, excursiones que le han permitido conocer múltiples yacimientos arqueológicos prehistóricos, de antiguas localidades ya señaladas por Chil y Naranjo, Grau Bassas, Juan Padilla, Millares Torres y otros en el pasado siglo; o los por mí descubiertos, estudiados y dados a conocer desde las columnas de la prensa local, revistas y publicaciones diversas, a partir del año 1939, a través de las campañas oficiales de exploraciones y excavaciones arqueológicas, que hemos dirigido, como titular de la extinguida Delegación Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Las Palmas, hasta fines del pasado

(Pasa a la contraportada)

POR EL AUTOR.
SI, ASI
FALTADA.
'ASFALTAR.

carlos platero fernández

MIS
EXPLORACIONES
CANARIAS

COLECCION "LECTURAS CANARIAS"
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
1970

Portada y contraportada
originales de Fernando Miguelañez Alonso.
Mapa de localizaciones realizado por Carlos Platero.

1.500 ejemplares la presente
edición.

Propiedad del autor.

**A Margarita, Margot y Carlitos, quienes
unas veces me acompañaron y otras escucharon
los entusiastas relatos que yo les hacía de es-
tas MIS EXPLORACIONES.**

PREFACIO

De un tiempo a esta parte, máxime a partir de las fechas en que apareció en las librerías de Las Palmas mi primer libro DE LA HISTORIA DE CANARIAS, tanto por personas que me tratan como por algunas de aquellas que sin conocerme personalmente me han leído, repetidamente se me ha hecho la misma pregunta de porqué no he escrito acerca de yacimientos arqueológicos canarios, de lo que haya visto.

La contestación ha sido siempre la misma: Yo no soy un profesional, un investigador científico o erudito; soy, simplemente, un aficionado, un apasionado por todo lo canario, plenamente dominado por esta afición, eso sí, pero nada más.

Es lógico, pues el comprender que no poseo los conocimientos técnicos y científicos precisos para acometer una tarea que aún está por hacer aquí, en el archipiélago. Sin embargo, animado por amigos y lectores de mis esporádicos artículos periodísticos y citada obrita, me dispongo a describir, sin tratar de sentar cátedra ni pontificar, las estaciones arqueológicas por mí reconocidas en constantes vagabundeos isleños

durante estos últimos años, así como a hacer somera reseña de lo leído acerca de tan interesante materia.

Antes de meterme de lleno en ello quisiera explicar una vez más un poco este entusiasmo mío por Canarias y lo canario, que no se ciñe solamente a su prehistoria y primitiva historia sino que se extiende a costumbres, folklore, idiosincrasia singular, etc., etc.

Hace ya tiempo que, "...el primero de diciembre del año cuarenta y nueve, en el **Ciudad de Sevilla a Canarias yo llegué**". Y aquí he vivido ininterrumpidamente, logrando incrustarme de tal forma en el medio ambiente insular que ya he echado raíces, creo que definitivas.

Acaso por ser de siempre muy inclinado a leer, las lecturas de temas canarios fueron inyectando en mi ser, sin yo advertir su proceso, primero curiosidad y simpatía y luego verdadero entusiasmo hacia todo lo que del archipiélago Afortunado tratase.

Excursiones por las costas del Este de Gran Canaria, **giras** al interior en épocas veraniegas, visitas a pueblos y parajes que diferían entre sí notablemente y me hacían comprobar la certeza de aquel slogan que para el incipiente turismo se creó, que decía de las islas Canarias, ser cada una de ellas un **continente en miniatura**.

Entre papeles archivados en viejas y celosamente conservadas carpetas, cuando con memorosas ansias busco algo en ellas, encuentro bocetos, apuntes para artículos que nunca llegaron a serlo, esbozos de impresiones que tanto el paisaje como el ambiente, las

gentes isleñas causaban en mí a medida que los iba descubriendo.

Unos cuantos pescadores del ya desaparecido pueblecito de Gando, en tardes apacibles, de crepúsculos serenos e irreales, me contaron casos y cosas de esta tierra insular, del mar que la rodea; leyendas, realidades, consejas, retazos de historia oídos a sus mayores y mezclándolos con las experiencias propias pasadas en sus muchos años de vida arriesgada en la mar. Por primera vez oí de unos enormes perros negros, lanudos, que se aparecían de cuando en cuando a las gentes, especialmente en altas horas de la noche, sin conocer yo aún que aquellos hombres me estaban hablando de las **tibicenas**, ancestrales demoníacos espíritus que ya atormentaban a los aborígenes canarios. También me contaban de cuervos que imitaban la voz humana o que presagiaban muertes con sus lúgubres graznidos; de hombres-lobos marinos espantosos; de brujas invisibles y enredadoras; de quienes ejercitaban el mal de ojo, y aquéllos que confeccionaban amuletos para exortizarlos y las mujeres que preparaban variadas pócimas con misteriosas hierbas...

Y de princesas indígenas que se habían desposado con arrogantes conquistadores castellanos; de hombres y mujeres que hacía muchos años, siglos de leyenda, se refugiaban en lo más alto y recóndito de las montañas y allí vivieran y murieran, sin mezclarse jamás con las gentes llegadas de más allá del mar; de bárbaros actos heroicos realizados por quienes prefirieran el sacrificio de la muerte voluntaria antes de

convertirse en vasallos de Castilla. De ataques efectuados por piratas de toda ralea y mercaderes sin escrúpulos contra las costas isleñas y que fueran valientemente rechazados. De navíos repletos con infelices negros africanos y que rumbo a la esclavitud encallaran por el Sur de Gran Canaria, amotinándose la humana mercancía y fugándose hasta terminar por fusionarse con caritativos nativos del interior.

¡Y tantas y tantas historias y leyendas, en las que la fantasía y la realidad se mezclaban al amparo de la fecunda imaginación del pueblo canario!

Fantástico e imaginativo como el que más, yo, escuchando a aquellos curtidos **barqueros** estaba en mis glorias

En el pequeño y lóbrego tugurio de Pepe Roque, en las tiendecitas **para todo** de Navarro, Peña, Verona u Olegario, con un vaso de vino enfrente y un sempiterno cigarrillo en los labios, en tanto otros compañeros jugaban interminables partidas de cartas o entonaban a coro nostálgicas canciones del Norte de la Península, en el transcurso de ventosas tardes o en noches apacibles, después de haber conseguido romper la capa exterior de la timidez y susceptibilidad isleña en aquellos hombres que en principio temían ser objeto de burla por parte del curioso **godo**, más bien **peninsular**, oía con deleitación sus comentarios y relatos hechos en el lenguaje simple, llano y algunas veces no muy claro para el foráneo, de un castellano antiguo que no evolucionó en el archipiélago.

Allí me enteré de la existencia de misteriosas gru-

tas que se abren en las costas de las islas y a las cuales solo se puede acceder en determinadas ocasiones, cuando las mareas son muy bajas. La mítica cueva de Juan Martín; la de doble entrada que aseguraban atraviesa la montaña de Gando; la Cueva de Las Palomas en la Laja o la Mar Fea; la famosa Sima de Jinámar. Y las maravillosas, fantásticas que no sabían localizar concretamente pero que se afirmaba existían, habiendo todo el mundo oído hablar de ellas... Y los impresionantes barrancos de Guayadeque, Juan Grande, Fataga, Tejeda y Telde, plenos de misterios, apenas conocidos, sin explorar aún bien sus intrincados comienzos en el macizo central de las montañas de La Cumbre... Y sepulturas de **los antiguos** halladas por las lejanas zonas de Mogán y la Aldea... Y completos pueblos formados por cuevas de laverínticas comunicaciones en Cuatro Puertas, Moya, La Rosiana o Artenara...

Si; aquellos sencillos pescadores, analfabetos la mayoría y que poco sabían fuera de sus barcas, sus redes y el mar, toscos en su rudo vivir cotidiano pero de una exquisitez de sentimientos admirable, —cualidades que posteriormente logré comprender eran reminiscencias y atavismos del pueblo primitivo canario—, aún sin ellos **conocerla**, me enseñaron a querer a la isla, al archipiélago, antes de que yo lo recorriese físicamente.

Cuando ya pude viajar por Gran Canaria y demás islas, cuando ya me deleité con paisajes maravillosos en Tenerife, cuando ascendí por el barranco de la

Zarcita hasta la Cumbrecita para ir al Paso y a Tazacorte en La Palma, cuando visité repetidamente las tierras quemadas y barridas por los vientos de Fuerteventura, tuve siempre presentes las fantásticas descripciones, los relatos de quienes entretuvieran mis ocios de joven anclado en la bahía de Gando merced a los avatares de la vida.

La lectura de temas canarios desde los primeros momentos de mi arribada a las islas contribuyó en gran manera a formarme una ya inicial opinión favorable del archipiélago. Leí a Millares Torres en una novelita seudo histórica titulada **El último canario**; a Jiménez Sánchez en su **Breve reseña histórica del Archipiélago Canario** y algunas obras más, amén de lo que en la prensa local, —**Falange y Diario de Las Palmas**— por aquel entonces se publicase con intención divulgatoria.

Cierta tarde, en uno de mis esporádicos desplazamientos a Las Palmas visité el Museo Canario. Creo que tal episodio fue acaso lo que más impresión me causó en la ciudad recoleta, tranquila que hace cuatro lustros era la capital de la isla y provincia. Ciertamente aún no entendía, no podía comprender el valor incalculable de, por ejemplo, la colección cromañonoide perfectamente clasificada por el doctor Verneau y seguidores en sus estudios antropológicos de principios del presente siglo. Eran objetos desconocidos para mí las fonolitas, los collares de cuentas de barro, los utensilios de hueso, los tejidos de junco, las pieles de cabrito admirablemen-

te curtidas y trabajadas, los sellos o pintaderas, los idolillos de piedra y barro, las armas confeccionadas con duras maderas del país, la rica variedad de cerámica y los morteros y molinillos de mano para triturar grano. Por primera vez contemplé fascinado tabonas, magados, amodagas, tamarcos, gánigos, etc.

En cuantas ocasiones me fue posible reiteré mis visitas al Museo y, poco a poco, a través de aquellos preciados restos que se exponen en vitrinas y salas y que me parecieron un tanto olvidados de la mayoría del pueblo, fui aprendiendo a admirar a la raza autóctona, la feliz moradora del archipiélago hasta tan solo unos cientos de años atrás. Por aquellas fechas aún no sabía yo del documentado archivo guardado en la planta baja de la benemérita institución pero, de todas formas, en primeros contactos con puestos de libros de viejo —hoy lamentablemente desaparecidos—, conseguí hacerme de algunas obras que hablaban de Canarias, tales como **Páginas históricas de Gran Canaria** de Carlos Navarro Ruiz, el primer tomo de una **Historia de Canarias** de Utrera y Cabezas, **Espigas** de Pablo Artilles, una **Historia en dos tomos** de Millares Torres y **Las expediciones a las Canarias en el siglo XIV** de Bonet Reveron, —estas dos últimas obras estraviadas tiempo ha—. Ellos fueron mis iniciales conocimientos, a través de la literatura, del pasado legendario y apasionante de las islas Canarias, sumándose así a lo estudiado en libros de texto años atrás y que bien poco era, por cierto.

Logré realizar algunas excursiones por Gran Canaria, —giras se las denominaba entonces— que contribuyeron notablemente en el incremento hasta límites insospechados de mi admiración por las islas.

No ha transcurrido tanto tiempo y, sin embargo, ¡qué lejanos parecen aquellos días en que se podían recorrer las rutas de la isla sin los problemas que el tráfico agobiante de hoy nos origina y que nos fuerza multitud de veces a quedarnos en casa, en la ciudad, cuando nuestro constante deseo es el aprovechar los días de asueto para acudir a solazarnos en lejanas playas o variados campos!

Tan sólo los **coches de hora** viejos, rechinantes, pintados de sucio amarillo había para trasladarnos en aquellas bullangueras giras que se organizaban casi exclusivamente en los meses de julio, agosto y septiembre. Aún no hicieran su aparición en las carreteras isleñas los socorridos **micro-buses** y los existentes destartados **piratas**, por su calidad de tales, no era permitido emplearlos en desplazamientos masivos de parrandas alegres aunque sí transportaban a buenos bebedores de ron, tocadores de timplés y guitarras y degustadores de mariscadas preparadas en apartados rincones de las riscadas costas.

Las metas de aquellas excursiones domingueras eran casi siempre las mismas: los Tilos de Moya, los Castañeros de Teror, el lejano y sugestivo Pinar de Tamadaba, la Cruz de Tejeda, el paraje de Cueva Corcho y los Berrazales de Agaete. Si acaso, para

quienes tenían la suficiente prestancia de ánimo y aguantaban kilómetros y kilómetros de desolados paisajes azotados por el viento, las playas y el oasis cercanos al Faro de Maspalomas podían ser también metas interesantes. Como no se habían promocionado aún turísticamente las zonas costeras del Sur y eran casi ignoradas las playas recogidas de más allá de Arguineguín, en el Mar de las Mujeres, a casi nadie tentaba la aventura de recorrer la pedregosa y peligrosa pista que a ellas conducía. Tampoco Sardina del Norte, Las Nieves de Agaete, Bañaderos, San Andrés ni San Felipe tentaban a los capitalinos y sí únicamente a los muy aficionados a la pesca o que desearan comerse un **sancocho** o un **caldo de pescado** fuera de los clásicos refugios de El Rincón, La Puntilla o El Confital.

Pues bien; aquellas charlas y noticias de los pescadores del barrio de Triana de Gando, mis primeras entusiastas visitas al Museo Canario, la lectura de libros que trataban variados temas isleños y las alegres giras por la geografía grancanaria fueron indudablemente el acicate que me empujó a saber más del pretérito legendario y apasionante canario, dando así verdadero comienzo mis andanzas a pie, en coche y hasta alguna vez en sufrido borrico de estirpe majorera, tratando de conocer mejor, de contemplar con mis propios ojos lo que otras personas me contaran o yo adivinara en primeras visiones.

Tales fueron los orígenes de mi entusiasmo por Canarias. Y fruto de ello esta especie de memorias

que solamente pretenden decir algo de las numerosas impresiones sentidas en el transcurso de MIS EXPLORACIONES CANARIAS.

Es mi intención presente dedicar los capítulos iniciales a explicar lo mejor posible los conocimientos que poseo de Gran Canaria y su pretérita civilización para a continuación describir las diversas excursiones realizadas y por último resumir lo que, si bien no he logrado visitar, si conozco a través de lecturas o charlas y conferencias, todo con el propósito ilusionado de desentrañar un poco más este algo subyugador que es lo concerniente a la prehistoria, a la época prehistórica canaria.

Solo me resta añadir que, como creo haber dejado indicado, soy un aficionado a saber y comprender las cosas de aquí y como a tal deseo que se me lea, no esperando hallar en las siguientes páginas datos eruditos, de **rigor científico** ni posturas pontificales sino noticia veraz y llana que ayude modestamente a entender a Canarias a aquellos ansiosos de seguir el lema de que "al conocer la patria, mejor la hemos de amar" y los impulse a emprender estudios de más altos vuelos.

“El procedimiento más positivo para establecer y dilucidar todo lo que ha constituido un pueblo es la exploración, del mismo modo que la investigación es el verdadero procedimiento para resolver los problemas científicos”.

Gregorio Chil y Naranjo

I

ALGO ACERCA DE LAS CONSTRUCCIONES ABORIGENES

La arquitectura del pueblo aborígen canario, al igual que la de cualquier otro de la prehistoria, mantiene una indudable relación con los principios de geografía humana y sus características más destacadas sirven para establecer emparentamientos y afinidades entre aquél y la civilización actual. El examinar detenidamente esta arquitectura aborígen nos ayuda a conocer mejor, a valorar **más atinadamente** a la raza atlántica que durante siglos pobló el archipiélago canario.

Se saca la conclusión de que los isleños fueron alarifes sobresalientes dado que aún care-

ciendo de todo tipo de instrumentos de hierro, en plena Edad de Piedra insular, con solo sus manos y lajas bien afiladas, abrieron, agrandaron y perfeccionaron numerosas cuevas, algunas intactas hoy en día, que podemos calificar de suntuosas, con todos los detalles precisos para hacer de ellas confortables hogares, lugares de justicia o templos de adoración.

Los cronistas e historiadores canarios, desde Boccaccio en su famoso atribuido manuscrito hasta Millares Torres y Chil y Naranjo pasando por Abreu Galindo y el polígrafo Viera y Clavijo, nos hablan reiteradamente de la cultura megalítica desarrollada por los isleños prehistóricos y destacan su peculiar arquitectura al citar sus modos de vida.

Como exponentes de este arte que todavía se puede admirar en diversos puntos geográficos de la Gran Canaria, están los poblados de cuevas, las viviendas semi ciclópeas, los *tagoros*, *goros*, *agadires*, *almogarenes*, *tamogontes*, los monumentos funerarios, las estelas y los *cipos*.

El presente capítulo se circunscribe a los poblados trogloditas y de chozas por ser los más asequibles al aficionado a las exploraciones, aunque en posteriores páginas hablaré de los demás componentes del arte arquitectónico autóctono, siempre tratando de hacer ver, de desta-

car los medios en que se desenvolvió la comunidad primitiva en esta *Tamarán*, esta isla de *Las Selvas Tenebrosas* o de *los Canes*, como indistintamente la nombraron.

Según se deduce de los descubrimientos realizados hasta la fecha, fue Gran Canaria la isla en donde la cultura de tipo megalítico y aún neolítico se manifestó más avanzada y perfecta, sin restar por ello mérito a las otras islas del archipiélago, sobre todo a Tenerife que destacó mayormente por sus necrópolis y cistas funerarias.

En los poblados grancanarios es digno de señalar que éstos se clasificaban en tres tipos o grupos diferentes de cuevas: las naturales, usadas por las comunidades más primitivas y especialmente por los pastores en las altas montañas o por los recolectores de mariscos en las risgadas costas. Las cuevas naturales que se agrandaron posteriormente para hacerlas habitables; y por último aquéllas que revelan un mayor nivel en el extracto cultural del pueblo y fueron escarbadas enteramente en la toba volcánica, con trazos perfectos, muy bien trabajadas y de ambiente confortable, llegando a encontrarse algunas decoradas interiormente con figuras eminentemente geométricas de cariz religioso o mágico según opinan quienes las estudiaron.

Dice un historiador del siglo XVI que visitó las islas, el ingeniero Leonardo Torriani: "Estas habitaciones las hacían los canarios en las cuevas de los montes, o las cavaban en la toba o en la tierra, sin maderas ni hierro ni otro instrumento, sino con huesos de cabra y con piedras muy duras".

La mayoría de tales poblados destacan, no sólo por la ornamentación, planificación y distribución sino por el enclave, generalmente elegido en recodos de amplios barrancos, de acceso difícil y en numerosas ocasiones bien disimulado.

También vivieron los isleños en chozas, en poblados semi ciclópeos aún existentes. Eran casas de paredes de piedras muy bien dispuestas y unidas a veces con barro, sin más aberturas que la de la entrada, de planta oblonga, cruciforme, rectangular o circular y cubiertas por techos preparados con trozos de tea, cañas, ramajes y barro. Naturalmente son mucho más numerosos los poblados de cuevas abiertos en las laderas de las montañas que los ciclópeos enclavados en los llanos o planicies de pequeños montículos y parece razonable si se piensa que el terreno, eminentemente volcánico, abunda en tubos lávicos, en grutas y cuevas naturales, aprovechados por aquellos seres de la prehistoria canaria.

RESUMEN DE UNA LECCION SOBRE ARQUEOLOGIA CANARIA

En el año 1965 asistí a unos cursillos de Cultura Canaria que se desarrollaron en Las Palmas. Fueron unas lecciones tan amenas, tan interesantes las que tuve la satisfacción de oír en el salón de conferencias del Museo Canario, que creo jamás podré olvidarlas. Al igual que cuantos seguían aquellos cursos, tomé buena nota de todo y hube de realizar unos resúmenes que acreditaban al mismo tiempo el aprovechamiento y asistencia para la entrega final del consabido diploma. Transcribo a continuación el de la quinta conferencia dictada el 8 de abril acerca de la arquitectura canaria aborígen; y lo hago por entender que ayudará a la mayor comprensión de lo que en siguientes capítulos de la presente obra describo:

“Hoy debemos de escribir sobre un tema que nos es particularmente atrayente dado que nuestros gustos e interés de profanos pretenden centrarse en todo lo relativo a la cultura canaria aborígen, la prehispánica, por más que no dejamos de encontrar interesantes, instructivas y documentadas las otras que girando alrededor del archipiélago en estudios acerca del lenguaje, agri-

cultura, geobotánica y literatura hemos seguido atentos porque contribuyen así a hacer entender mejor al pueblo primitivo que ha dejado profunda, imperecedera huella en el isleño actual como ancestral y atávica herencia.

Este comentario se ceñirá en lo posible al estudio de una de las variadas facetas del *modus vivendi* de los habitantes de Tamarán, la de su cultura megalítica, citando las cuevas viviendas, las cistas o casas semiciclópeas, los tagoros, los goros, audiencias o concejos, los almogarenes, los tamogonte acoron, los monumentos funerarios, las torretas tronco-cónicas y las estelas o cipos.

Conjuntos de cuevas viviendas destacables son, entre otros los de Cuatro Puertas, Tara y barranco de Silva en el término de Telde; el de la Fortaleza en Tirajana, Cuevas del Rey y Cuevas del Guayre en el Bentayga de Tejeda; Cuevas de Valerón en Guía y de la Montañeta en Moya, además de los numerosos diseminados por todos los puntos geográficos de la Gran Canaria.

Los poblados de cistas o chozas de muros de piedras, si bien también se localizan lo mismo en el Sur que en el Norte, en el Este que en el Oeste isleños, no abundan actualmente porque a causa de su peculiar construcción fueron siempre más fáciles de destruir; no obstante existen todavía algunos, tales como los del Agujero en Gáldar, Tufia en Telde, Los Corralillos en Veneguera, etc. Estos ofrecen algunas características dig-

nas de estudio pues las plantas de sus edificaciones suelen ser, generalmente, cruciformes aunque las hay ovales, circulares, elípticas, quebradas... Las murallas que los circundan, formadas con grandes rocas o planas lajas por las zonas sureñas son rectas y no debieron de alcanzar más de los dos metros de altura, ofreciendo en la parte superior una ligera inclinación y huellas de palos gruesos para soportes de los techos. En casi todas estas cistas es de hacer notar uno o más cubículos, los pétreos lechos, así como otros huecos en los interiores, propios acaso para laceras y estantes en que colocar los objetos manuales y comunes. En el importante conglomerado de viviendas ciclópeas de Tufia, frente al goro o audiencia local, todavía puede apreciarse un embaldosado del piso, que desciende desde lo que puede ser un monumento funerario, componiendo prolongada calzada rematada en amplia plazoleta.

Los tagoros más destacados de la isla suelen considerarse el del Agujero en Gáldar, Cueva del Gallego en Guía, Cueva del Rey en el Bentayga, Cuatro Puertas en Telde y los de Juan Grande y Arguineguín. Estos tagoros, lugares de reunión del *Sábor* que era como un Consejo formado por los *Guayres*, tanto los localizados en cuevas como los situados al aire libre, se caracterizan por su elevada posición, su configuración casi circular con asientos hechos de grandes rocas o tallados

en la toba, distinguiéndose siempre el más cómodo y preponderante como destinado al *Guanarteme*, *Faycan* o Guayre que presidiese las reuniones.

En la arquitectura prehispánica canaria diferenciamos dos tipos de goros, audiencias o concejos.—Nombres de localidades isleñas que actualmente nos sitúan estos especiales recintos trogloditas o ciclópeos usados como centros de reunión para ejecutar la justicia u otros actos comunales.—Tenemos, entre otros, el conjunto de cuevas de La Audiencia en la montaña Bermeja, las del Pasito de Temisas, las de la Montañeta de Moya; en la Cueva Pintada de Gáldar y en las Cuevas del Rey y del Guayre en el Roque Bentayga. Y en poblados abiertos, los del Agujero, Tufia y Lomo de los Gatos en Mogán. Existen, o cuevas espaciales como la de Cuatro Puertas y la mencionada Cueva Pintada o ciclópeas cual los del Agujero y Tufia, siendo estos últimos recintos amplios, generalmente rectangulares, con la entrada defendida por una muralla exterior o parapeto de línea quebrada, uno o varios escalones y el piso en nivel inferior, ahondado. El del Agujero conserva aún una especie de graderío con asientos formados de piedras, presentando en un extremo una laja, supuesto tajo de ajusticiamiento de delincuentes, que los cronistas nos dicen de la severidad y rigidez de la justicia canaria medida por la ley del talión: colocaban al reo sobre la losa y

le arrojaban otra encima matándolo así o quebrándole algún miembro como si de un manajo de cañas secas se tratase. Así mismo, en estas audiencias suele localizarse tanto en el centro como en un extremo, un estrado más elevado desde el cual acaso se impusiese la ley o presidiese un acontecimiento.

Los almogarenes eran casas de oración en donde los canarios efectuaban sus rituales ofrendas y sacrificios, los agüeros y litorios generales a la divinidad, a su dios *Alcorac* el Unico, el Grande, el Poderoso, el que estaba en medio del triángulo de la religión vernácula. En altares adecuados se derramaba con los gánigos sagrados la leche recién ordeñada de las cabras blancas y allí se sacrificaba a los tiernos *baifos* que previamente habían permanecido varias horas separados de sus madres en los *baladeros*.

Los más característicos de estos edificios megalíticos son los localizados en Cuatro Puertas, Tara y Baladero en Telde, el supuesto de Umia-ga en el Campanario, el de la Cuesta de los Cuchillos en la Fortaleza de Tirajana, el del Benta-ga en el poblado troglodita de Artado, el de la Montaña de Moya, el de Valerón, el de la Isleta, el del Roque Nublo y el de Mondragones, siendo el de Cuatro Puertas el considerado como más perfecto tanto por su forma y distribución de la mesa para sacrificios como por los singulares arroyuelos o canales vertederos de los derrames

votivos que presenta. El de Umiaga, que ofrece la particularidad de disponer de cinco grandes hoyos unidos entre sí por finos canalillos, erróneamente localizado por algunos en la Montaña Bermeja de Telde, era el más importante de este reino indígena debiendo de tener carácter eminentemente sagrado la montaña en que se enclava pues son varios los cronistas que ponen su nombre con el de Tirma y Alcorac en los labios de los canarios cuando de hacer juramentos o invocaciones se trataba. El de Moya, la patria del gran Doramas, es el mayor de la isla.

Los tamogonte acoron parece ser eran lugares de oración y recogimiento además de cenobios en donde vivían las *harimaguadas*, vestales inviolables dedicadas al culto desde la infancia, vírgenes de albas vestiduras de piel de cabrito, que con sus cantos plañideros rogaban a Alcorac solicitando sus bondades en sequías, pestes o guerras. Las doncellas nobles, antes de casarse, eran cuidadas y especialmente engordadas en estos centros religiosos.

Con respecto a los monumentos funerarios hemos de decir que los canarios, al igual que los egipcios y otros pueblos de la antigüedad conocían los secretos de la momificación y especulaban acerca del espíritu, creyendo en la inmortalidad del alma, practicando el rito de los muertos. Existen en la actualidad dos tipos bien definidos de estos monumentos canarios. El de las sencillas

fosas de tierra o en el *malpai*, en donde colocaban el cuerpo o cuerpos mirrados si la sepultura era comunal, recubriéndolos luego con trozos de tea o lajas y éstos con rocas y piedras menudas para evitar posibles profanaciones de aves de rapiña y perros. Y el de los túmulos, obras características de la arquitectura funeraria canaria, compuestos por bajos muros ciclópeos que rodeaban la tumba de forma elíptica y que contenían los tres círculos de la vida, el de la humana, la divina y la psicológica. El más perfecto exponente de esta superior cultura es la necrópolis de La Guancha en Gáldar, rodeada por varias fosas sencillas en el exterior, tumbas de los servidores del personaje noble o real allí depositado.

Los canarios, al igual que sus congéneres de Tenerife, también hicieron uso de cámaras sepulcrales en cuevas, túneles lávicos, socavones del terreno, etc., abundando estas cistas peculiares por toda la isla.

Las estelas funerarias son piedras dolménicas colocadas verticalmente, que representaban los soportes para las almas de los muertos, considerándolos algunos eruditos como los monolitos de la prehistoria canaria, existiendo también varios naturales formados por antiguas erupciones volcánicas y posteriores erosiones cuales son el Roque Nublo, el Bentayga, el Dedo de Dios, etc.

Los amontonamientos de piedras, toscas torretas troncocónicas que aparecen en ocasiones al pie de los túmulos funerarios eran considerados como puntos de apoyo para los espíritus de los antepasados.”

I I I

SOBRE YACIMIENTOS ARQUEOLOGICOS

“Debo manifestar que la experiencia adquirida en dos expediciones me demuestra de una manera indudable que ya quedan pocos objetos que recoger puesto que la mayoría han sido destruidos y los que se han salvado se hallan o en el Museo o en manos diferentes, pero cierta clase de objetos, que por su figura o tamaño no han llamado la atención del vulgo de los buscadores y que considero tan importantes o quizás más que las vasijas, aún pueden encontrarse en bastante cantidad.”

El precedente comentario fue escrito por Víctor Grau Bassas allá por los años 1886-87 y tiene perfecta vigencia en la actualidad.

Cierto es que merced a informes de campesinos y pastores que parecen haberse sacudido un tanto su proverbial timidez o congénita desconfianza, bien a causa de trabajos de derribo, edificaciones o adecentamiento de terrenos y también con motivo de fortuitos derrumbes, nuevos y valiosos hallazgos se han sucedido en el transcurso de este último siglo; descubrimientos ya descritos en opúsculos, separatas o revistas científicas dedicadas a temas canarios. Pero da la

impresión de que, a pesar de estos encuentros y comunicaciones, la situación de los yacimientos arqueológicos de la isla y la región, es igual a la denunciada por el Dr. Grau. Si al principio fueron la ignorancia, la superstición y acaso aún la abulia los agentes destructores de todo aquello que la Naturaleza conservó casi intacto a través de los siglos, desde hace unos años ha dado comienzo solapadamente una especie de expoliación sistemática de toda clase de objetos de manufactura indígena aborígen en las distintas estaciones arqueológicas. Y con variadas y disimuladas, cuando no abiertas, maniobras salieron valiosas piezas para el extranjero o pasaron á engrosar pequeños museos particulares locales.

Bien es sabido que cualquier clase de objeto que se descubra o encuentre y que sea manifestación de una cultura, exponente de civilización que pueda contribuir al mejor estudio de la vida de un pueblo ya desaparecido, es patrimonio del Estado, pertenece a todos nosotros y no a unos cuantos que ilegal y celosamente lo conservan para sí.

Ello es causa lógica de que, generalmente, no se encuentre más que algún ligero y esporádico vestigio de la raza que habitó la isla y el archipiélago antes de su conquista e incorporación a Castilla. Y aún, estos escasos restos hay que saber buscarlos. Algunas cuevas, inmutables al paso del tiempo, mancilladas desde muchos años

atrás por pastores, cabras y *guirres* que hacen de ellas sus moradas, se conservan no obstante extraordinariamente intactas y por lo tanto sugeridoras en las zonas más inexpugnables de Gran Canaria, en lo alto de abruptas montañas o en lo recóndito de riscados y zigzagueantes barrancos; otras han sido ocupadas como viviendas si su emplazamiento lo permite y otras más desaparecieron a causa de continuas erosiones del viento, bruscas torrenceras, desplomes o corrimientos del terreno en que fueron escarbadas muy artificialmente, etc.

Y no tan solo son los objetos susceptibles de traslado, de llevarse a museos o de guardarse como preciado recuerdo los que hablan al curioso y al entendido de culturas, de formas de vida ya fenecidas. La configuración de poblados, tanto trogloditas como ciclópeos, las cistas, los túmulos, las necrópolis, los tagoros, los goros, los agadires y los almogarenes que en anteriores capítulos cito, dicen mucho.

A pesar de la íntima desilusión que invade al explorador ocasional, quien esperaba descubrir un poblado o una cueva totalmente ignorados y se encuentra tan sólo con cascacos de botellas, alpargatas viejas, envoltorios de cigarrillos o trozos de periódicos, es fascinante y evocador el recorrido por ese solitario, silencioso, acaso olvidado rincón, presintiendo como si aún flotara en el ambiente el espíritu de quienes allí vivieron y

**murieron cientos de años ha, en un recordar
melancólico a la raza autóctona.**

I V

CHIFLADOS EXPLORADORES Y APASIONAMIENTO ISLEÑO

Acerca de quienes toman como deber o como distracción el descubrir y explorar las estaciones arqueológicas canarias, escribía a finales del siglo XIX el erudito galdense José Batllori y Lorenzo:... “sacrificios que la ciencia agradece pero que en este país tan bello como ignorante llaman *chifladuras*, calificativo que a nosotros, los *soñadores* o *locos* nos honra y envanece sin embargo”...

Hoy, como ayer, al que por las islas del archipiélago se dedica a buscar interesantes huellas de un pasado que, relativamente cercano, todavía permanece envuelto en gran parte entre la bruma de la leyenda, se le califica de *chiflado*, de *challado*. ¡Cuántas veces, yendo por barrancos o cumbres, por costas, medianías o montañas de las islas, en demanda de algún dato que la toponimia del lugar me sugiriese o pudiese proporcionar, buscando un anciano observador que me facilitase la pista precisa para posterior aunque problemático descubrimiento, fui tratado con cortesía si, pero mirado como un bicho raro! Agregándose a estas sutilezas mi genuina pronunciación peninsular que ha sido en muchas ocasiones el ce-

rojo prohibitivo del paso a más de una posible confianza.

El campesino, aunque recuerda leyendas y sabe de viejas tradiciones deformadas que rodaron de generación en generación, como es susceptible a posibles burlas, no se decide a hablar así como así. Acaso teme que pretenda el curioso investigador reírse de él; o es él el que se ríe, si no abiertamente, si con disimulo —creo que existe un calificativo en el lenguaje isleño que define esta sorna muy bien: *zorrocloco* —de esta afición *boba* a escudriñar en cuevas sucias, desnudas, deshabitadas y desprovistas del más mínimo interés; o a recoger trozos de barro, o piedras pulidas más o menos iguales a los cantos rodados de las barranqueras, o... ¡“más peor aún!” de quienes se desviven por hallar esqueletos, cráneos, huesos de gentes que solo Dios sabe de qué y cuando murieron.

Todo ésto, forzoso es reconocerlo, al labrador, pescador o pastor que es el que mayormente puede ayudar a conocer mejor la isla, le parece cosa de *locos* o, quizás aún, del mismísimo diablo. Gentes de los pueblos grandes y de las ciudades, generalmente más cultas, también suelen denominar a estas aficiones como cosas de *chalados*.

Y, sin embargo, en Gran Canaria, en el archipiélago, el nativo es un amante de todo lo de su tierra materna. Sea el folkklore, los giros dialécticos, la gastronomía, la fauna, la flora, la

singular tierra en sí, el isleño lo defiende, en muchas ocasiones aún sin entenderlo bien, *porque sí*. Algunas veces hay un mucho de apasionamiento en estas manifestaciones extremas de amor a la región; un defender a ultranza las virtudes innegables sin querer ver los defectos que puedan existir, muestra ello del rigor y absolutismo a que se ha llegado en esta forma singular de la idiosincrasia canaria acerca del regionalismo. Este apasionamiento, creo que no positivo al demostrarlo quienes suelen poner trabas o, simplemente, no ayudan, tanto al erudito como al aficionado que busca la verdad en las huellas del pasado aborígen, es el que ha impedido en más de una ocasión la localización o descubrimiento de yacimientos de excepcional importancia, que todavía permanecen ocultos diseminados por la accidentada geografía del archipiélago. Aplicando esta opinión a aquéllos que por su formación cultural y sus conocimientos podían mostrarse más imparciales, resulta en verdad lamentable el observar como se destracta la labor realizada, se hace crítica destructiva, negando veracidad y aún documentación a quienes con real entusiasmo trabajan en el empeño de exploraciones continuas, buscando posibles yacimientos arqueológicos.

No cabe duda de que tales maniobras y abruptos suponen a quienes los realizan y lanzan el hallarse en posesión de un molesto complejo

de rivalidad mal entendida o de un subconsciente sentimiento de inferioridad ante aquél que, sin acaso ser hijo de la tierra canaria, habla tan entusiásticamente de ella. Es como si, buscándole un símil, nos molestásemos con aquéllos que nos hacen el panegírico de nuestra madre sin que pertenezcan a la familia, sin ser hermanos nuestros.

Estas absurdas posturas que al persistir lleguen a incordiar pero que, gracias a Dios, sólo parten de una minoría extrema; la ignorancia colectiva del tema; la timidez proverbial en el hombre del agro canario y en el del mar y el que se juzgue a los exploradores del pasado como a *chiflados*, son inconvenientes que entorpecen mucho la labor de investigación, aunque ésta sea llevada a cabo por aficionados que operan sin gran o ningún rigor científico.

V

LA MONTAÑA DE GANDO

La montaña de Gando está formada por una pequeña y rocosa península en la parte Este de Gran Canaria, rematada con submarina *baja* o espolón traicionero en donde más de un barco ha sufrido graves averías o naufragó. Esta montaña sirve de abrigo a la bahía amplia, de dilatada playa, en donde el mar permanece enclavado casi todo el año, salvo cuando atacan los temporales del Sur o del Este.

Hoy en día Gando es una zona eminentemente militar. En lo más alto de su espinoso macizo central se hallan las instalaciones de una Batería de Costa. Habiendo desaparecido el barrio de Triana, pueblo pesquero antaño asentado en la rada y por los llanos que se corren hacia el Sur, el Ejército del Aire dispone de moderna y bien acondicionada Base, compartiendo las pistas de aterrizaje de aviones del Aeródromo con el Aeropuerto, verdadero nudo de enlaces insulares, nacionales e internacionales, que es uno de los más importantes bastiones del tráfico aéreo sobre el Atlántico.

Según nos relatan algunos historiadores, el nombre de Gando lo aportó el árabe Ben Farrouchk que allá por las postrimerías del siglo

X de nuestra Era llegó al archipiélago merced a potente navío y procedente del estuario del Tajo en Lisboa. Las crónicas que consignan el suceso, parece ser que no muy dignas de crédito, dicen que el capitán musulmán desembarcó en Gando, bautizando con este topónimo la bahía y que luego atravesó la isla, por aquel entonces recubierta de grandes e intrincados bosques, hasta llegar a la corte de Gáldar y entrevistarse con el Guanarteme reinante a la sazón.

Investigadores lingüísticos modernos sacan la conclusión de que Gando, en el lenguaje aborigen canario significa *Roque*.

Cuando en el siglo XV llegó a Canarias Juan de Bethencourt para iniciar su conquista e incorporación al mundo civilizado, su socio de empresa Gadifer de la Salle atracó en Gando en una de sus primeras incursiones por aguas de las islas y allí aconteció el episodio de Pedro, *el canario*, si es que algo de realidad hubo en el suceso.

Encontrándose en las islas Diego García de Herrera, tratando de posesionarse de Gran Canaria desembarcó repetidas veces por Gando y logró edificar allí una pequeña torre fortificada.

Diego de Silva, mandatario del rey de Portugal, también entró en la isla por Gando asaltando la torre de Herrera y llegándose luego hasta Telde en donde, según mencionan los his-

toridores, consiguió la amistad del Guanarteme de tan notable localidad grancanaria.

Después de la Conquista, Gando continuó siendo uno de los puntos claves de la isla. Investigadores colombinos hay que aseguran ser en Gando en donde el almirante atracó y reparó la *Pinta*, con materiales canarios, antes de proseguir su inaudito viaje para descubrir Nuevos Mundos.

En el año 1522 Gando sufrió el primero de los muchos ataques piratas que se perpetraron durante varios siglos contra las codiciadas islas Canarias. El corsario Juan Florín, en tal ocasión, fue rechazado y puesto en fuga. Por el año 1741, un navío inglés atacó repetidamente a los barcos españoles surtos en la rada de Gando, siendo también enérgicamente repelido tras sangrienta batalla terrestre-naval en la que perecieron dos buenos patriotas teldenses.

Durante los siglos XVII y XVIII, según escribió Marín y Cubas, “por el puerto de Gando embarcábanse muchos vinos y azúcares”, tanto con destino a Europa como a las florecientes colonias de América.

Destruída por los indígenas antes de la conquista de la isla la histórica fortaleza de Herrera, que algunos quieren suponer en una pequeña loma cercana a la playa, construyéronse torres de vigilancia a lo largo de las costas canarias, una de las cuales todavía subsiste en Gan-

do, aunque en lamentable mal estado.

En la segunda mitad del siglo XIX y por el Ayuntamiento de Las Palmas se ordenó construir el Lazareto, establecimiento sanitario que albergase en su amurallado recinto a los apestados, tanto isleños como aquéllos que, tripulantes o pasajeros de barcos llegados de las Américas, entrasen en la isla y que la autoridad ponía en preventiva cuarentena. En el año 1936 pasó el Lazareto a ser prisión de reos comunes y políticos; y posteriormente, a acuartelamiento del Arma de Aviación hasta hace tan solo unos años.

Muchas veces he recorrido las ruinosas instalaciones del viejo Lazareto de Gando; he sentido ulular el viento a través de desvencijadas puertas y ventanas, en estancias con techos de rica tea y paredes recubiertas por múltiples inscripciones o dibujos trazados a lápiz; he contemplado la octogonal torre que se alza en medio del recinto, que me recordaba a los *aminares* musulmanes desde donde el *almuecín* llama a la oración y que fue precisamente en el pasado la capilla en que se oficiaba misa para leprosos y demás apestados; he sentido el aleteo siniestro de los espíritus de pobres desgraciados allí fallecidos y allí mismo o en la montaña enterrados.

Repetidamente me han contado que en las cercanías del Lazareto abundan pequeñas cuevas tapiadas o disimuladas, en las cuales se sepultaba a los apestados muertos. Y se me afirmó

que fueron halladas algunas de dichas tumbas conteniendo, además de uno o varios esqueletos en muy mal estado, botellas de vidrio o barro en las que papeles apresuradamente escritos identificaban a aquéllos. Un viejo brigada de Aviación, amigo de exhumar papeles de archivos y también aficionado a las excavaciones, me confió que un gran músico español yacía enterrado en alguna de las grutas de la montaña de Gando, fallecido a causa del terrible cólera morbo que se desató a principios del presente siglo sobre media humanidad. Nunca quise creer mucho en la tal noticia, tomándola más bien por fantástica, pero busqué las grutas, aunque jamás logré dar con ellas, al menos con aquéllas que de manera tan sugestiva se me había descrito.

Exploré cuevas como la de la playa del *Caballo* o *La Cruceta* y una bastante profunda, con visos de tubo lávico, cerca de La Punta, de acceso dificultoso. Otras varias hay en lo alto de la montaña, próximas a las instalaciones de la Batería, sin huellas visibles de que en el pasado fueran habitadas.

Por la parte que da al mar abierto, además de tres o cuatro pequeñas calas en donde rompen las olas espumeantes sobre gujarros y riscos, tan solo hay algunas grutas poco amplias, albergue permanente de pardelas y gaviotas y un reducido poblado de chozas, abandonado, se-

guramente morada ocasional de los servidores de ya desaparecidos hornos de cal, en el barranco de las Pilas.

También se me ha hablado de una cueva grande que en forma de túnel atraviesa de parte a parte la montaña, haciéndoseme vívida descripción de la entrada dividida por una gruesa columna y a la cual tan solo se puede entrar con la marea baja. Hace años hubo preparativos de potentes linternas —porque los barqueros de Gando coincidían en asegurar que es tal la corriente de aire dentro del túnel que las llamas de antorchas o velas terminan apagándose— y otros materiales propios para una exploración de tipo espeleólogo; por unas u otras causas nunca llegó a cristalizar el proyecto y me he quedado con la peremne duda de si existe o no tan extraordinaria gruta.

Enfrente de la montaña, por el Este y a unos doscientos metros, constantemente batido por el mar, se alza un solitario peñasco, conocido por El Roque y también por *La isleta de las cabras de Verona*, como decían los barqueros. Este Roque, según la leyenda canaria, fue prisión temporal de la hermana del poderoso Maninidra que era Guayre de las Cuatro Puertas, amada del invicto Doramas cuando la época de la Conquista. Yo nunca estuve en el islote más quienes lo han visitado me decían que hay varias cuevas y unas curiosas edificaciones de piedras, —¿aca-

Mis exploraciones canarias

so un goro?— recordadas desde tiempos inmemoriales allí.

V I

EXCURSIONES POR LA COSTA ESTE DE LA ISLA

Entre la Punta de Arinaga y la montaña de Gando existen varias playas hasta hace poco casi siempre desiertas pero que en la actualidad parecen haberse incorporado activamente a las demás zonas turísticas de la isla.

No sé si en la montaña de Arinaga y sus alrededores hay cuevas, edificaciones de piedras u otros restos de la civilización canaria aborígen; en la montaña del Carrizal, cercana, si que, según se me ha relatado, se han descubierto cuevas casi inaccesibles y en las que se encontraron abundantes restos de cerámica, osamentas y utensilios, todo ello muy deteriorado, procedentes de los *antiguos*. Nunca logré visitar esas cuevas aunque fue mi intención hacerlo en diversas ocasiones.

Las playas del Cabrón, —topónimo que debe de provenir de aquel andaluz llamado Pedro Hernández Cabrón llegado con Pedro de Algaba al Real de Las Palmas en tiempos de la Conquista y que sufrió un gran revés luchando contra los isleños en las cercanías del barranco de Agüimes— del Burrero y de San Agustín, aparte de algunas grutas evidentemente natu-

rales, sin mayor importancia, no ofrecen otra particularidad que la de haber sido en sus aguas en donde hace aún poco tiempo se extrajeron más de una decena de cañones de hierro y buen conjunto de municiones, procedentes de algún navío de aquellos que rondaron las costas isleñas durante los siglos XVII y XVIII, tanto para atacar en razzías piratas de franceses, ingleses y holandeses como para, siendo españoles, defender este trozo insular de España.

La minúscula playa de San Agustín tiene un túnel escarbado en el alto acantilado que la circunda, creo que usado hace años por el Arma de Artillería. Hay también algunas cuevas muy erosionadas, parcialmente destruídas, con el piso recubierto de finas arenas y restos abundantes de comidas pues parece que en el transcurso de varias generaciones fueron usadas como refugio o rústico *parador* natural por pandillas de alegres mariscadores que acudían a saborear un buen caldo de pescado o un sancocho domingero en tan tranquilo y apartado paraje costero. En un extremo de la playa apenas conocida, entre las rocas batidas casi constantemente por las olas, hay un pozo que se comunica submarinamente con el mar y allí rugen las aguas en sor-do y continuo gruñido cuando no salen convertidas en chorros de blanca espuma, recibiendo tan curioso accidente el nombre de El Bufadero.

En la curvilínea, prolongada playa de Gan-

do, lo más destacable es la torre de defensa que fue reedificada durante el reinado de Felipe V. El recinto circular, de gruesas paredes, con algunas ventanas, hoy tapiadas, se halla en un ruinoso estado de conservación, ofreciendo su interior como principal característica la maciza columna central que sostiene el techo, una pequeña habitación y un curioso compartimiento, también circular, sin más acceso que por la parte superior del mismo, soportes sus paredes acaso del piso intermedio de la torre o también calabozo correccional.

Después de la montaña y península de Gando está la playa del Ambar, así bautizada porque en repetidas ocasiones aparecieron sobre sus arenas residuos de lo que pudo ser algún cálculo intestinal de gigantesco cachalotes y que se le conoce vulgarmente por *esperma*. Una vez, yo vi en dicha playa, ya muerto y varado en la arena, uno de estos cetáceos que muy bien podía medir más de doce metros de largo.

Pasado pequeño promontorio de clásicas lavas o restos volcánicos y un trozo de costa con acantilados, se abre la playa Ojo de Garza, que dice Hernández Benítez es la "...denominación que se da a una montaña y caserío existente junto a ella por la semejanza que ofrece mirada desde lejos con los ojos de tal ave". Tanto en la zona rocosa como en los terrenos calcáreos que la circundan, hay algunas cuevas, unas habitadas por

familias de pescadores y otras desiertas, sin que nada haga presumir que hayan sido restos de poblaciones prehispánicas.

Siguiendo en dirección Norte, hasta Melenara, aparte de la montañeta y playa de Tufia, nada he podido observar digno de interés arqueológico en mis reiteradas excursiones pasadas, aunque sí es cierto que toda la comarca, por las esporádicas exploraciones y encuentros realizados, se deduce haber sido muy poblada de los aborígenes canarios.

Entre el promontorio de Tufia y la citada playa de Melenara, después de la anchurosa desembocadura del barranco de Silva, está Salinetas — ¿acaso en el pasado hubo por aquellas inmediaciones alguna salina?— En el siglo XIX, uno de los incipientes aficionados investigadores de la arqueología canaria, Teófilo Martínez de Escobar, en su finca de Salinetas realizó interesantes descubrimientos que yo no llegué a conocer actualmente.

Melenara, importante playa del municipio de Telde y además puerto y zona de instalaciones industriales de primer orden, parece ser que es topónimo de lengua canaria vernácula. Se dice que, ...“en sus playas, según Lope de Vega, mordieron el polvo los soldados de Drake en 1585”. También la leyenda da este lugar como el de la aparición del Santo Cristo de Telde que confeccionaron con sámago de maíz los indios tabascos

americanos. Hay algunas cuevas viviendas por los alrededores bien construídas, ocupadas hoy en día por pescadores o reservadas para veraneantes teldenses y que son las más claras huellas del pueblo eminentemente cavernícola que las habitó en su afán primitivo de vivir cercano al mar de donde recogía lapas y otros moluscos en gran cantidad, su más primordial alimento, como nos lo demuestra el repetido hallazgo en diversas partes de la costa, de inmensos *concheros*.

En las lomas de Taliarte, además de encontrarse el lugar conocido por el Bailadero, que muy bien puede ser topónimo corrompido del *Baladero* castellano, sitio en donde los aborígenes canarios se reunían con sus ganados, separando las crías de las madres para que aquéllos y éstos con sus balidos y las voces humanas que se les sumaban solicitar el agua bienechora a su dios Alcorac, fueron localizadas algunas sepulturas, generalmente muy sencillas, los clásicos fosos rectangulares recubiertos con trozos de tea, piedras y tierra. Tales monumentos funerarios fueron destruídos a causa de la ignorancia, dentro de su buena fe, de quienes los descubrieron y no comunicaron a tiempo para posteriores estudios tan singulares hallazgos.

He explorado algunas cuevas en las playas de La Cruceta, La Garita, El Hombre y Bocabarranco, no encontrando en ellas nada digno de interés

porque, para mayor desventura, están semide-
 rruídas, tan sólo manchadas con restos de recien-
 tes banquetes celebrados por aficionados a la pes-
 ca.

Hace algunos años se me mencionó una enor-
 me gruta marina conocida por la Cueva de Juan
 Martín, que se abre en la costa y se adentra en
 las entrañas de la tierra hasta profundidades
 desconocidas; que solamente es accesible cuan-
 do la marea está baja; que en ella, el pescador
 que le dio nombre, se pasó varios días sin conse-
 guir salir y sin atreverse a recorrerla por temor
 a sus insondables negruras. Creo que en mi ima-
 ginación he visto multitud de veces esta dicho-
 sa cueva, con el suelo formado por oscura y fina
 arena eternamente húmeda, en rampa hacia la
 oscuridad de su enigmático interior, atrayéndo-
 me, fascinándome su misterio... Pero jamás logré
 localizarla en mis reiterados intentos ni tampoco
 encontré la de Las Palomas, por la Mar Fea, que
 amigos míos me han asegurado haber conocido. Y
 mucho menos supe nunca dar con la supuesta
 salida si existe y no es submarina, de la famosa
 sima de Jinámar, que la tradición asegura te-
 ner.

Algo alejado de esta costa Este, a orillas del
 ancho barranco de Telde, cerca de su desemboca-
 dura y en terrenos del Cortijo de San Ignacio, se
 han localizado buen número de túmulos y fosas
 funerarias aborígenes, alguno de los cuales aún

Mis exploraciones canarias

se encuentra en excelente estado de conservación.

V I I

TARA, CENDRO Y TECEN EN TELDE

Chil y Naranjo, en cierta ocasión escribió de su tierra natal: "...Por virtud de estas mismas investigaciones, podemos afirmar hoy que Telde fue un gran centro de población, donde residía lo más escogido de lo que puede llamarse primitiva sociedad canaria, demostrándolo así los interesantes restos que aún se conservan de las cuevas y edificios que habitaban y más particularmente los objetos de cerámica encontrados, entre los cuales existen varios trozos de jarros, únicos en su especie..."

Parece ser que existió un importante poblado ciclópeo por El Cascajo, en los alrededores del actual barrio de San Gregorio, entre la carretera del Valle de los Nueve y el barranco en donde aún se pueden ver algunas informes cuevas. Por El Roque, sitio abundante en *malpai* volcánico, se halló un cementerio de aborígenes similar a los descubiertos hace mucho tiempo en los arenales de la Primavera y en las lomas de Tara.

El gran poblado de Tara estaba al centro, con el Telde prehispánico al Sur y Cendro al Norte, siendo posiblemente Tara la residencia del Guanarteme y no Cendro, como escribió el también

teldense historiador Marín y Cubas y que con posterioridad ha sido refutado.

Tara es un conglomerado de cuevas que ya cuando por primera vez visité hace años, amenazaba desaparecer, más por la incuria y aún afán destructivo del hombre que por la Naturaleza en sí que lo conservó durante siglos solo dañado con algunos derrumbes producto de continuas erosiones. Creo que de lo que allí, en aquella ocasión, vi mejor que yo puede hacer una perfecta descripción Hernández Benítez, cronista oficial de Telde y un erudito excepcional enamorado de la región sureña:

“Tara es una interesantísima y bella obra, de una traza jamás igualada en las construcciones rupestres que conocemos en nuestra isla y que responde a una etapa cultural altamente evolucionada y que, seguramente, hará cambiar en mucho el concepto que sobre la vivienda aborigen troglodita se ha tenido hasta aquí; si, no es esta cueva mísera, ese remedo balbuciente y rudimentario de la caverna natural y primitiva, roída y deformada por la acción demoledora y fatal del correr veloz del tiempo y la inclemencia de los agentes atmosféricos, cuando no solamente mutiladas por la torpe mano del hombre inculto que solo persigue en su afanoso y continuado bregar un fin exclusivamente utilitario que, las más de las veces, se traduce en la destrucción lastimosa de las más bellas e interesan-

tes reliquias del pasado, no; se trata de una auténtica obra de ingeniería esculpida en toba caliza con atisbos de arte exquisito en la distribución de aposentos, rotondas, cubículos y salas, si bien con los defectos inherentes a un arte todavía influenciado por una mentalidad rudimentaria de tipo infantil que calculaba las medidas y dimensiones a ojo de buen cubero.”

Cuando yo visité Tara aún pude maravillarme ante la perfección de cuevas como la que llaman del Faycan, que es una serie de pequeñas galerías que van a parar a la mayor, de más de seis metros de diámetro y otros seis o siete de alto, formando su techo una casi perfecta cúpula abovedada. En el piso de esta cueva-sala hay, al igual que en los de otras destacadas de diversos poblados isleños, varios hoyos con restos de ceniza debajo de la tierra que los recubre.

Otra enorme gruta que llaman de los Guayres, se abre en la colina de Tara, más bien hacia el Oeste, también de formas amplias, con algunas celdillas y galerías laterales, tragaluces que las alumbran, etc. Y alrededor, más cuevas diseminadas, usadas todas ellas como viviendas en la actualidad, deformadas, agrandadas, que conservan muy pocos rasgos de su primitiva composición arquitectónica.

Parece ser que en las cercanías de Tara también se alzó un numeroso poblado de chozas de piedra, con techumbres de palos, ramas y ba-

rrero de tipo campaniforme y del que ya no quedan ni vestigios.

En Cendro, en la ladera de la montaña, existe aún un completo y espacioso poblado troglodita pero sin huellas ni rastros de quienes lo ocuparon en la antigüedad porque hoy está transformado en conglomerado pintoresco de cuevas vivienda, blanqueadas, amplias, divididas en compartimientos y con el adicionamiento de jardines, terrazas, etc.

Según algunos historiadores, en los alrededores de esta localidad se desarrolló una muy célebre batalla, de las más cruentas, perdida por los isleños cuando los últimos estertores de la libertad ancestral de siglos de Tamarán.

El poblado de Tecén, escarbado en las faldas de una definida montaña de origen volcánico, al pie del cauce del barranco de Telde, es extenso, muy explorado en el pasado siglo y sin rastros que nos hablen de sus primitivos moradores, rodeado por tierras que siempre han sido de las más feraces de la isla, sugiriendo, eso sí, el porqué y el cómo elegían los canarios sus viviendas tan estratégicamente, respaldadas de los vientos norteños, con aguas abundantes cercanas y tierras también adyacentes buenas para sembrar y recolectar la cebada sustentadora y pastorear y engordar los ganados.

VIII

EL POBLADO CICLOPEO DE TUFIA

El poblado ciclópeo de Tufia —Zufia, escriben los topógrafos en algunos mapas— es de los más importantes de la isla, característico en su género y de los que mejor se conservan en la actualidad, acaso debido a localizarse en plena costa rocosa en la parte Este de Gran Canaria, sobre corta montañeta de terreno calcáreo y alejado de toda vía de comunicación transitable que hasta allí llegue.

He buscado en viejos libros y crónicas, en variados documentos del archivo del Museo Canario sin encontrar mención de dicha estación arqueológica, salvo en la Memoria de las excavaciones realizadas en Las Palmas por la Comisaría Provincial entre los años 1944 y 1952; por más que Abreu Galindo, entre otros historiadores, al hablar de la vivienda de los antiguos canarios, después de citar a las cuevas, demuestra conoció algunos poblados ciclópeos como el que aquí se menciona, pues dice: “Tenían casas y oficiales que las hacían de piedra seca y eran tan pulidas, que hacían las paredes tan justas, cerradas y derechas, que parecían llevar mezcla. Hacíanlas bajas de pared y hondas del suelo porque estuvieran calientes. Por

encima las cubrían con palos juntos y encima, tierra.”

Al pie de la pequeña península y montaña de Tufia y orientadas al Sur, casi sobre la escondida bahía del término municipal de Telde, numerosas grutas, unas naturales y otras exprofe-so escarbadas o agrandadas, sirven de morada a varias humildes familias de pescadores que suelen asegurar haber vivido de siempre ellos y sus padres en el lugar. Y no gustan generalmente hablar de las ruínas que emergen en la cima del promontorio porque a pesar de que las suponen restos de refugios de pastores, sospechan también la temerosa existencia de espíritus de antepasados y dicen entre sí tener oído en alguna ocasión misteriosas voces y lamentos cuando el mar se embravece y se encrespa a impulsos de viento ululante.

Yo supe de tan interesantes restos arqueológicos mediante noticias facilitadas por quien sabía de ellos pero no vivía en la playa de Tufia. Acompañado de un buen amigo, canario él aunque desconocedor absoluto del valor que entrañan aquellas piedras, hace ya unos años que recorrí por primera vez el recinto, admirando todo; las viviendas de muros muy bien formados y de más de dos metros de alto en su origen pero ahora considerablemente rebajados, de plantas cruciformes aunque las haya también rectangulares, ovoides, semicirculares... Informes restos de

una muralla exterior en la parte que da al mar, acaso contención de los vientos que sin duda azotarían, al igual que ahora, la zona en los períodos equinociales.

Tomando una dirección de oriente a poniente, a partir del extremo más alto del promontorio adentrado en el mar, aparecen las ruinas de viviendas ciclópeas; las de mejor trazo y construcción primero, algunas con minúsculo zaguán o antesala, practicado el acceso al interior por medio de escalones puesto que el piso es más bajo que el terreno circundante. Aún se puede apreciar como una especie de curiosa calzada que recorre el Sur del poblado hasta terminar en el gran recinto, posible goro de los aborígenes, formando una empedrada plazoleta. A continuación de la muralla, hacia el Norte y dando frente al mar, se encontraron algunos túmulos funerarios y una tosca necrópolis de forma elíptica.

Posteriormente he vuelto a tan atrayente paisaje y, sin necesidad de remover tierra o piedras, expuestos al aire libre, recogí numerosos fragmentos de cerámica así como conchas de lapas.

Por último añadiré que en los alrededores de este curioso promontorio, en grutas abiertas al mar, se localizaron y continúan localizándose muchos restos de moluscos y espinas de pescados, lo que induce a creer, también en este caso, en la existencia de gentes eminentemente pes-

cadoras que durante generaciones contribuyeron a la formación de los clásicos concheros y que habitaron en la costa antes de convertirse en población del interior ganadera y agrícola.

I X

LAS CUEVAS DE CALACIO, JUAN DEL PINO Y LA HUESA

El barranco de Silva, al Sur del municipio teldense, desde su arranque a los pies de las Cumbres Centrales hasta desembocar en el mar entre Tufia y Melenara, es una estación arqueológica muy importante. En dos o tres ocasiones lo he recorrido de uno a otro extremo, entusiasmándome al contemplar la flora abundante y variada que en él se desarrolla y los rincones impresionantes allí contenidos.

El conjunto de cuevas más interesante es el denominado Las Cuevas de Calacio, —¿corrupción de Palacio?— no muy distante de las Cuatro Puertas y de la Cuesta del Goro que algunos llaman también de Silva.

Inserto aquí la descripción que hice de este rincón isleño en un artículo periodístico publicado y que puede, en realidad, valer para identificar a la mayoría de los poblados que se localizan en Gran Canaria:

“...El lugar resulta atrayente y en verdad no cuesta mucho trabajo retroceder siglos de historia con la imaginación y contemplar en el recóndito paraje escenas de la vida que fue. El sol elevándose perceptible sobre el horizonte de

lomas agrestes que circundan el minúsculo valle dá un fulgor diáfano que como leve cascada de luz baña las rocas, los cardones, los cactus y las tuneras en contraste con el límpido azul del cielo. Por un impresionante corte en el terreno surge el seco cauce de un barranco y no hace falta forzarse mucho para ver ensoñadoramente correr el agua cantarina y fresca entre piedras de oscuro basalto y verdeantes malezas. A un lado y otro ascienden las tierras lisas, pretéritos sembrados de la sustentadora cebada, ahora recubiertas de verdes altabacas y rojas salvias hasta terminar mezclándose con los cardones rígidos, las tuneras y las tabaibas por donde comienzan los dominios de la piedra y las formaciones de toba valcánica en que se rematan, verticales, los terraplenes limítrofes.

Grutas, unas naturales, otras agrandadas y perfeccionadas por la mano del hombre, se abren numerosas, diseminadas y en grupos, formando todas acertado conjunto. A ambos lados de la entrada del valle, pequeñas oquedades de difícil acceso aparecen cual garitas de atentos vigías.

La ascensión a las cuevas requiere agilidad y firmeza en el caminar. Las hay que conservan el corte inicial, con plantas circulares, cruciformes o rectangulares, de esquinas redondeadas, con cubículos, hornacinas, estantes y algunas prolongadas entalladuras en las entradas.

Tan solo estiércol de cabras, conejos y gui-

rres, así como el fino polvo del paso del tiempo cubren los suelos y ni un útil de hueso, una piedra pulimentada o labrada, un resto de la cerámica aborígen es posible hallar porque generaciones humanas completas, en esporádicas incursiones han pisado el lugar arrastrando en su ignorancia con cualquier apetecible huella. Quedan las cuevas en sí, algunas parcialmente derruidas; y tienen su valor, hablan al curioso que por ellas se interna.

La gruta más amplia es actual cuadra del rebaño cabrío que la convierte en sucio redil. Hay en el fondo una especie de estrado con los asientos labrados en la toba y por el piso se diseminan varios agujeros que conservan debajo del polvo y estiércol que los llenan, restos de cenizas.

Un túnel de paredes derrumbadas en su mayor parte conduce a otras estancias interiores, viviendas tal vez, silos, cuadras, con disimuladas aberturas al exterior que facilitan la aireación necesaria y el paso a la luz del día, convertidas ahora en nidos de palomas torcaces.

Más túneles y rampas llevan a cuevas superiores, todas ellas interesantes componentes del laberíntico hormiguero humano, hasta llegar a una especie de antesala, de ventanales que dan al risco frontal y desde cuyo puesto elevado puede abarcarse en sagaz ojeada el valle.

Y el conjunto se remata con una oquedad espaciosa, oscura, de paredes esmeradamente labradas, techo abovedado, planta casi cuadrada, cómodos cubículos y abundantes hornacinas, a la que se asciende por escalones cuidadosamente tallados. Esta última cueva aparece menos hollada, tal vez merced a su más dificultosa localización; en ella se descubren trozos de utensilios domésticos de barro parecido al almagre, maderas pulimentadas, afiladas y endurecidas al fuego y algunos manojos de hilos como nervios de animal secos, así como restos de pieles de cabrito que se pulverizan al tocarlos. Un fino polvillo de varios centímetros de espesor, polvo de siglos, cubre el suelo.

Hay más cuevas en el extremo difícil y risgado del poblado aborígen. Las matas de cardones y cactus son más altas ocultando las rocas entre las que brotan sus añosas raíces. Las tuneras con sus frutos rojos o amarillos en sazón, cierran antiguos pasos y sendas. Las telarañas son espesas, abundantes y los lagartos y saltamontes surgen por doquier. Es aquí más estorbo el avance. Una gruta profunda, apartada de las demás, con la entrada agrandada a causa de recientes desprendimientos de la toba, aparece de improviso como un recinto algo diferente al del anterior grupo. El techo bajo, abovedado, la planta circular, con numerosos cubículos parcialmente tapiados por medio de amontona-

mientos de piedras basálticas. El suelo, polvoriento pero no mancillado con excrementos u otros residuos indicadores del paso del hombre ultimamente por allí, está horadado por seis agujeros con huellas cenicientas, así como encima de ellos, en el techo, aparecen manchas abundantes de pasados humos. El sol, a través de la entrada, ilumina todo el interior de una forma extraña dando a la cueva aspecto singular.

En el exterior, tan sólo el batir de alas de las asustadizas palomas, el graznido ocasional de un guirre, el repentino salto de un conejo o el arrastrarse sigiloso de perezoso lagarto entre matas y hojas secas rompen de cuando en cuando, momentáneamente el silencio en el valle junto a las cuevas de los canarios.”

Durante el transcurso de la última excursión que a tan ameno rincón isleño llevé a cabo en compañía de dos buenos amigos, exploramos una cueva situada a la entrada del valle, no muy grande aparentemente, con huellas numerosas de haber sido ocupada no ha mucho como refugio habitual durante cierto tiempo por alguien que prefirió vivir allí oculto pues abundaban utillajes rudimentarios de cocina, latas y envases que contuvieron víveres y caja con botellas de agua mineral. Este refugio está tan disimulado que aún sabiendo su enclave, resulta difícil de localizar.

Recorriendo el barranco de Silva, de Oeste a Este, en dirección al mar, se encuentran algunos diseminados grupos de cuevas siendo el más importante el que las gentes del contorno conocen como las Cuevas de Juan del Pino, en donde, según se refiere, tal personaje guardó durante años sus rebaños de cabras y ovejas. Es interesante, enclavado en la margen izquierda del barranco, a media altura en la riscada pared, con la ya habitual disposición de las grutas superpuestas, a distintos niveles y en colmena, además de una más grande, cerrada por pétreo muralla y convertida en sucia cuadra. Todo el conjunto aparece muy descuidado, aunque, como sucede en tantos otros lugares isleños similares se percibe un encanto especial, como si aún quedase flotando en el ambiente solitario, en el silencio reinante, el espíritu de quienes allí vivieron y murieron.

Un poco al Norte de este barranco de Silva, cerca de su desembocadura, se alza la montaña de La Huesa en lo más alto de la cual, escañadas en la toba, se abren unas cuevas, la principal similar a Cuatro Puertas aunque de menor tamaño, ofreciendo enfrente una amplia explanada, orientado el grupo hacia el Sur. Hace tiempo y en el transcurso de unos trabajos agrícolas en sus laderas fueron localizadas varias tumbas, de las cuales aún se conservan algunos vestigios con aire de haber sido túmulos tipo piramidal y

sin duda son el origen del topónimo de la loma. Hay indicaciones de que a un extremo de la explanada descrita existió un conglomerado importante de cuevas, desaparecidas a causa de enorme desprendimiento del terreno; las que aún se pueden admirar llaman la atención por lo perfecto de su construcción, con una técnica troglodita evolucionada.

X

CUATRO PUERTAS Y LA MONTAÑA BERMEJA

Al Sur de Telde, casi en los confines de su término municipal, en la margen derecha del barranco de Silva y en lo más alto de los terrenos denominados con el genérico topónimo local de El Goro, destaca la montaña Bermeja, así llamada seguramente por la acusada tonalidad rojiza de sus tierras y también conocida por Cuatro Puertas, cuya silueta figura en el escudo de la ciudad teldense.

De siempre este singular paraje sureño ha ejercido gran atracción sobre mí y no menos de la docena de veces he ascendido hasta lo más alto de la montaña, tanto a pie como en coche, para admirar el conjunto arqueológico que por uno y otro lado de la cima de la misma allí se encuentra y que es sin duda de los más importantes y destacados de Gran Canaria.

Se ha escrito mucho sobre Cuatro Puertas, opinando diversamente acerca de su origen, de su significado, de su función en la vida de los canarios aborígenes. Yo quiero aquí hacer tan solo reseña de lo que ví y, si acaso, algo de lo que se ha escrito, sin tratar, naturalmente, de emitir juicios ni opiniones para los que, como simple ex-

plorador aficionado, no estoy ni mucho menos, capacitado. Tanta es la importancia que su supone a esta estación prehispánica canaria.

Dando frente al Norte, próxima a la cima picuda, aparece la gran cueva esculpada muy artificioosamente, de unos diez y seis metros de largo, seis de ancho y dos de alto y cuyo acceso se efectúa por cuatro grandes bocas rectangulares. Su interior es completamente liso y desnudo de ornamentos, pinturas o concavidades adyacentes, ofreciendo tan solo la particularidad de unos resaltes en el suelo, al fondo, como rústicos asientos. Fuera de esta gran cueva se extiende una amplia terraza en cuyo piso se advierten hasta doce pequeños hoyos en simétrica distribución. El panorama que se divisa desde este punto es impresionante y grandioso pues alcanza desde el horizonte norteño, cerrado por montañas entre las que descolla el Pico de Bandama, corriéndose por el Oeste de cumbres impresionantes hasta el corte brutal del barranco de Telde en las riscadas montañas. Por el Este, el mar infinito; y enfrente la fértil vega de Telde que se llega hasta el poblado ciclópeo de Tufia y la montaña de Gando.

Casi todos los investigadores que se han ocupado en estudiar esta cueva interesante coinciden en señalarla como lugar de reunión excepcional, *sala de harimaguadas* u oratorio, un tamogonte acoron famoso en donde los antiguos canarios se reunían para asistir a prácticas de ritos ances-

trales de adoración a su dios Alcorac y aún acaso al sol, a la luna y a las estrellas como algunos de los citados sabios insinúan a propósito del reconocimiento de los peculiares hoyos escarbados en el piso de la explanada de entrada a las Cuatro Puertas. Estos agujeros, generalmente en disposición simétrica, se encuentran por la isla en casi todas las cuevas y edificaciones dedicadas al culto y, según propia experiencia, si se les limpia de las basuras y polvo que los anegan, se suelen localizar cenizas y trozos de tea carbonizados. Hay quien asegura que fueron las bases de hogueras votivas y con cuyo humo realizaban agujeros las sacerdotisas recubiertas de blancas pieles.

Encima de la cueva y en la misma cúspide de la montaña, defendida por un solapón vertical, hay otra explanada, también al aire libre, de forma un tanto circular, con un altarcete en el centro, de donde salen varios canales sinuosos que dan a un pozuelo inferior, se supone lugar de sacrificios a la divinidad. En la base del solapón aparecen una especie de asientos tallados, así como algunos extraños y vagos signos de aspecto alfabético, apenas reconocibles actualmente debido a los efectos de las erosiones de viento y lluvia.

Diversas sendas peligrosas y serpenteantes y algunos escalones tallados en la misma montaña conducen a su lado Sur que el barranco de las Mujamas contornea allá abajo, a bas-

tantes metros de impresionante precipicio. En tal zona está enclavado el importante poblado llamado de Los Pilares constituido por numerosas cuevas, muchas de ellas semiderruidas o de difícil acceso. En amplia panorámica se divisa casi toda la parte sudoriental de la isla, desde Gando hasta más allá de la montaña de Arinaga y los pueblos del Carrizal, Ingenio y Agüimes además de la siempre imponente visión de las montañas que bordean la Caldera de Tirajana y descienden paulatinamente hasta morir en las playas de San Agustín y Maspalomas.

Las cuevas de Los Pilares están en la actualidad parcialmente decoradas y adulterada un tanto su originalidad pues hace unos años se rodaron allí diversas escenas de una película inspirada en tema canario.

Como curiosidad, recuerdo que en cierta ocasión encontré en una de aquellas cuevas los esqueletos de una cabra y su *baifo* unidos aún por un reseco, endurecido cordón umbilical.

Según opinan algunos comentaristas, estas cuevas de los Pilares fueron residencia veraniega del Guanarteme de Telde y, según otros, morada habitual del noble y poderoso Guayre Maninidra, habiendo cronistas que escribieron del poblado diciendo que fue única y exclusivamente vivienda de las harimaguadas, sacerdotes y demás servidores del culto religioso. En un extremo de la montaña se han descubierto una especie de

fosos rectangulares poco profundos y hubo quien insinuó que eran receptáculos usados para depositar a los muertos en tanto se manipulaba en ellos para su momificación y enterramiento definitivo. También se encontraron restos de tumbas en el barranco de las Mujamas.

Y por último es necesario decir para completar el cuadro descriptivo de este excepcional centro aborígen, que algunos primitivos historiadores situaron en la montaña Bermeja el mítico y célebre monte sagrado y santuario Umiaga, aunque hoy en día casi se puede asegurar que está descartada tal localización.

XI

EN EL DRAGUILLO

Una de las muchas excursiones realizadas por tierras grancanarias que yo recuerdo con mayor agrado y que, por lo mismo, he repetido posteriormente, es la llevada a cabo al Draguillo, barranco que desde las faldas del Pico Manjon y lo Alto de Los Marteles desciende abrupto hasta fundirse con el de Aguatona, desembocar luego en el mar, por Gando, ya convertido en llanura y servir en su discurrir como límite divisorio entre los municipios de Telde e Ingenio.

Un buen amigo, nativo de aquellos pagos sureños, venía informándome reiteradamente de misteriosas cuevas apenas reconocidas por algún ocasional cazador de palomas salvajes, que se abrían en un agreste rincón del citado barranco. Tanto me habló de todo lo que sobre ellas se contaba que terminé por aprestarme para efectuar una excursión exploratoria. Una tarde veraniega, en su compañía y equipado con linterna, bastón, máquina fotográfica y algunas sogas, dejando el coche que nos transportó próximo a unas ruinosas casamatas, creo que ocupadas años atrás como polvorines del Arma de Aviación, nos dispusimos a la caminata y reconocimiento del sitio, barranco arriba.

Hacía bastante calor en aquellas primeras horas de la tarde y aún hubimos de caminar buen trecho, sudorosos, antes de llegar a un recodo del seco cauce que seguíamos, lugar conocido de los campesinos como *La Audencia*, que es en donde están enclavadas las *Cuevas de las palomas*.

El profundo corte producido en el terreno eminentemente volcánico por torrenceras y fuertes erosiones, semejava minúsculo pero prolongado valle muy fértil, en donde crecía toda clase de matos y arbustos propios de la flora semi-desértica del Sur de la isla, desde las tabaibas y los cardones hasta los verodes y las altabacas o el hinojo, amén de la tropical, anti-guamente importada tunera. Un fino riachuelo de susurrantes aguas contribuía a refrescar el vergel del paisaje contenido entre aquellos imponentes riscos, pareciendo como si todo fuese un extraño y singular mundo perdido.

En los farallones rojizos orientados al Sur, a media altura sobre el estrecho valle, atrayentes y enigmáticas, silenciosas y sugeridoras se ofrecían las oscuras bocas de unas cuevas canarias.

No sin algún trabajo ascendimos mi acompañante y yo a las primeras, más bajas y accesibles. Las superiores, en lo alto del risco, con sus bordes manchados por los blanquecinos excrementos de generaciones de palomas torcaces, son completamente inaccesibles; parece ser que en alguna pretérita ocasión, arriesgados jóvenes de las cerca-

nías pretendieron llegar a ellas empleando sogas y mediante el procedimiento del péndulo, ayudados de pértigas, pero debieron desistir siempre por lo peligroso de la operación.

El conjunto más importante es el formado de cuevas muy esmeradamente escarbadas en la toba rojiza y posiblemente sea un *agadir*, —granero o silo— compuesto por más de diez estancias que se comunican entre sí. Tanto estos graneros examinados como las otras cuevas vivienda del poblado y unas fronterizas que se me señaló pero no exploramos, parecen ser componentes de una población aborígen ganadera e incipientemente agricultora. El terreno en declive, desde las cuevas hasta el cauce del barranco, en donde crecen libre y espontáneas la cebada y la avena, así quieren confirmarlo. En la otra parte y según mi compañero de excursión, algunos pastores encontraron restos de cerámicas y aún osamentas.

En aquella tarde soleada, tras de recorrer detenidamente los silos y las cuevas de diversos tamaños en las que recogimos algunos trozos de maderas quemadas, fragmentos de cerámica diversa y piedras de obsidiana cortante, dejándome llevar de la imaginación, creí posible contemplar en rememoranza sentimental una escena de la vida de aquellas gentes que durante centenares de años habitaron el lugar, felices en medio de su ingenua ignorancia y salvajismo, dedicados al pastoreo del numeroso ganado cabrío así como

a la siembra, atención y recolección de los granos que por las épocas del *beñesmen*, en el solsticio de verano y después de prolongadas fiestas y regocijos guardaban previsoramente en el agadir.

Hace poco tiempo, con un par de compañeros retorné al barranco del Draguillo, realizando para ello muy amena excursión, primero en coche hasta el caserío perdido entre las montañas que se llama El Gamonal, sin duda a causa de los muchos *gamones* que allí crecen y que una vez secos usan preferentemente los pirotécnicos de Ingenio como guías de cohetes verbeneros. Después de visitar aquel apartado grupo de viviendas campesinas y sus feraces aledaños, efectuando arriesgado descenso por sendas inverosímiles que provocaban despistes sin cuento, llegamos al fondo del barranco en sí, al cauce seco y anchuroso en donde la boca de impresionante pozo artesiano abandonado nos proporcionó un buen susto.

Era en los tiempos inmediatos a la apertura de la veda de caza, la que abundaba, pues repetidamente surgieron a nuestra vista conejos que sin mayores apresuramientos saltaban entre las matas hasta desaparecer en las numerosas madrigueras abiertas.

Un corte en el cauce del Draguillo nos impidió el llegar como era nuestro propósito a las cuevas por mí tiempo atrás reconocidas. Vimos desde abajo, sin decidirnos a ascender hasta ellas,

las que se conocen como de *Los antiguos* y en una de las cuales, no ha mucho, un hombre parece ser que buscó y halló solitaria muerte.

Fue fatigosa e intrépida la ascensión y salida del barranco por la ladera correspondiente al Gamonal. Cuando creíamos estar en la cima, próximos al vehículo que hasta aquellos parajes nos trasladara, otra hondonada con descenso y escalada, un pozo artesiano y su correspondiente maquinaria en barracón adyacente y un muy cariñoso perro guardián sediento se nos interpusieron. Y bajamos y subimos hasta que molidos pero satisfechos de la excursión realizada en aquel olvidado rincón de la tierra que los tres, de una u otra forma amábamos, tomamos de nuevo el coche y con la visión anhelante que hasta llegar a Telde no pudimos convertir en realidad, de una nevera con refrescantes bebidas, retornamos a la atmósfera viciada de la ciudad, al tráfico espeso, pegajoso y a la civilización, después de haber pasado unas agradables horas en el barranco del Draguillo y sus contornos.

XII

GUAYADEQUE

Hay en la Gran Canaria rincones perdidos, semiolvidados por su accidentada geografía, pueblos minúsculos, aislados caseríos, tanto en lo alto de peladas cumbres como en tierras de medianías, en recovecos de las agrestes costas o sepultados en lo profundo de monstruosos barrancos. Uno de estos escondidos parajes, **atrayernte cual pocos en la isla, es el comprendido en el barranco de Guayadeque, entre calderas geológicas tan impresionantes como la de Los Marteles por el Norte y la de Las Tirajanas por el Sur.**

Guayadeque, cuyo topónimo canario, según datos lingüísticos, puede significar algo como *El lugar de las almas*, *El río de los espíritus* y aún, según algunos investigadores *Agua que corre o Aguas abundantes*, **es uno de los más excepcionales yacimientos arqueológicos pues en él se han localizado restos abundantes de momias y esqueletos, de enseres domésticos y cerámica que hoy enriquecen museos oficiales y particulares. En algunos de sus más impensados rincones, en poblados eminentemente trogloditas como los de Cuevas del Rey, Cuevas Muchas, Cuevas de Guayadeque y Cuevas Bermejas y en cámaras funerarias como las localizadas en Los Cabildos,**

Las Tres Torres y Las Sierras han realizado excavaciones y consiguiente recolección de restos arqueológicos desde curiosos científicos como Chil y Naranjo hasta sabios etnólogos europeos como Verneau, pasando por aficionados como el desaparecido Arroyo Cardoso, infatigable recorredor de la isla; amén, claro está, de una caterva anónima de pastores y lugareños que, unas veces por curiosidad, otras empujados por un problemático lucro y la mayoría con una indignante ignorancia del daño que ocasionaban y también de algunos desaprensivos aficionados coleccionistas, arrasaron en esta última centuria con cualquier posible recuerdo de la raza que habitó La Tamarán prehispánica.

Bien lo decía así el doctor Chil y Naranjo en 1880 al escribir su *Expedición a Guayadeque*; "...por lo que a mí hace, recorría en mi memoria la historia del pueblo cuyos restos íbamos a buscar; recordaba los acontecimientos que habían tenido lugar en aquellos sitios; veía en mi imaginación la riquísima vegetación que pobló en otros tiempos aquellas hoy desérticas llanuras y pelados montes, lamentando en mi interior el espíritu de destrucción que guió la mano de nuestros antecesores para cometer unos actos de salvajismo que a ellos no les aprovechó y a nosotros nos está perjudicando".

En aquella ocasión, informa también Víctor Grau Bassas, merced a la destreza de unos cuan-

tos arriesgados pastores que escalaban con pér-tigas y cuerdas, se descubrieron sepulcros co-munes en que aparecían restos de hombres, mu- jeres y niños lamentablemente revueltos, sobre lechos forrados con gruesas astillas de seca tea. Y asimismo fueron numerosos los hallazgos pos- teriores de enseres domésticos tales como molinos para hacer gofio, cayados pastoriles, agujas confeccionadas con huesos de animales y espi- nas de pescados, pieles de vestidos y toneletes de junco entrelazado, tabonas de cortante peder- nal, etc. Y abundantes muestras del arte alfa- rero indígena cual los gánigos y vasos votivos hermosamente decorados, tinajas para el agua, cacerolas con el mango de vertedero... Y va- rias pintanderas y collares de conchas marinas; y también algunos amorfos, pequeños idolillos... Son varios los eruditos en la materia que con- ceptúan a Guayadeque como la región de cue- vas de carácter funerario más interesante de la isla así como centro popular de la alfarería que era ejercida primordialmente por mujeres. Al- gunas cuevas conservan huellas de intensos y continuos fuegos en donde seguramente se prac- ticaba la cochura de los barro. Cronistas hubo que quisieron situar en este interesante barran- co, próximo al mar, a la prehispanica Aragüinez, una de las localidades canarias más populosa y mencionada.

Hoy día el barranco de Guayadeque, apenas transitado por foráneos después del punto geográfico conocido por la Caja del Agua, sigue siendo un rincón tan encantador como pudo haberlo sido cuando numerosa colonia de la raza autóctona lo habitaba. Un lugar de profusa vegetación en contraste con la aridez que lo circunda y que se extiende desde el pie del alto pico Monjón y las mesetas de La Pasadilla, Los Pajonales, Alto de los Massieus y Mesa de Los Pinos hasta su desembocadura pasado Agüimes e Ingenio que se reparten entre sí la municipalidad de sus escarpadas laderas.

Existen allí rincones verdaderamente bucólicos al amparo de impresionantes riscos como en Cuevas Muchas, en donde los almendros se mezclan con altas tuneras y frondosos eucaliptos, taponando casi por completo cuevas abandonadas o habitadas en la actualidad por unos cuantos campesinos que se autodenominan *vecinos*. Cuevas viviendas cuyas entradas casi desaparecen entre la profusión de los jazmines, los geranios, los rosales y las plantas trepadoras y que asombran muchas veces por su amplitud y confortabilidad interior...

El agua, allí abundante, discurre cantarina entre cañaverales, recubierto su curso por espesas y fragantes matas de hinojos o frescos berros... Las altabacas, los berodes, las salvias

y las siemprevivas se entremezclan con las tuneras, las tabaibas y los cardones.

En Cuevas de Guayadeque, nuevas *madrecillas* o nacientes ofrecen aguas fresquísimas... Se espesan los almendros y los eucaliptos entremezclados con algunos otros árboles frutales como higueras y ciruelos.

Cuevas Bermejas es un pequeño poblado troglodita, de viviendas originales, aseadísimas, escarbadas en la toba así como las escaleras de acceso, las balconadas y sendas. Hay una minúscula, interesantísima capilla o ermita muy semejante a la famosa de la Virgen de la Cuevita de Artenara; ésta ha sido dedicada a San Bartolomé, según nos dicen y no le falta detalle en su sencilla arquitectura, edificada, escarbada mejor dicho, con el tesón y el entusiasmo enorme de gentes que deseaban tener un lugar digno en donde poder rezar al Creador. Tan sólo una vez al año, el día del santo patrón, se dice allí misa; los demás domingos y días de precepto..., quien desee cumplir este Mandamiento deberá acudir a Agüimes o Ingenio, recorriendo, a pie naturalmente, los diez kilómetros de muy mal camino que separan al pueblecito de estas dos villas.

Una escuela rural de moderna traza casi se diría que desentona en el agreste y hermoso paisaje aunque significa el primer importante paso hacia la redención de quienes hasta hace poco

tiempo vivían completamente aislados del mundo agitado que les rodea.

Hay allí muchos árboles frutales, un cañaveral extenso, fincas de labradío y berros y bejucos regados por el agua que discurre alborotadora por la acequia produciendo un continuo run-run que semeja procedente de más amplio riachuelo, merced a lo profundo del terreno por el que se desliza.

Se ven rústicos *alpendres* para el ganado de pastoreo, laderas riscadas que amarillean en el verano con el pasto y el forraje que crecen espontáneos y abundantes y unas moreras silvestres, más abajo de *las cuevas de los antepasados*; los sabrosos frutos de estas moráceas negras y achaparradas son ocasional cita de goloroso festín para la chiquillería que se adentra desde la carretera general por los ensanchados recovecos del Guayadeque.

Una polvorienta, destrozada pista asciende hasta más allá de Cuevas Muchas, actual mala senda que, convenientemente adecentada, llevaría sin duda a recorrer este rincón grancanario a muchos deseosos de gozar los incomparables paisajes de tan hermosa tierra isleña.

Y es que, a pesar de las aquí reseñadas expediciones pseudo científicas efectuadas a tan singular centro arqueológico, todavía quedan conjuntos completos de cuevas que debido

Mis exploraciones canarias

a su emplazamiento no han sido reconocidas o, cuanto menos, en una forma exhaustiva.

Podría ser éste, además de otros muchos, lugar apropiado para iniciarse en la afición apasionante de tratar de esclarecer algo más el misterioso pasado de la raza autóctona de Gran Canaria.

XII

EN EL BARRANCO DE BALOS

Una vez más estuve en el Barranco de Balos.

Y también en esta ocasión la pena, la indignación y la melancolía se mezclaron en mi ánimo.

¿Cómo puede ser posible que monumento tan interesante, tan atrayente y veraz aunque todavía enigmático, permanezca ignorado, alejado en la indiferencia y el olvido de tal forma que, no ya intelectuales investigadores, sino hasta el mismo pueblo que habita en sus alrededores, se desconoce en inmensa mayoría su exacto emplazamiento?

Ha habido *canariólogos* —y creo que es bien aplicable aquí este calificativo puesto que fueron o son eruditos versados en conocimientos de la prehistoria canaria— que se cuidaron de reflejar en conferencias y publicaciones científicas sus estudios y opiniones acerca de las inscripciones rupestres existentes en el barranco de Balos, en la zona Este de Gran Canaria. Hernández Benítez en la revista *El Museo Canario* correspondiente al año 1945 y Jiménez Sánchez en *Anuario de Estudios Atlánticos*, año 1962,

entre otros, dieron a la luz notables monografías acerca de esta estación arqueológica.

Sin embargo, los *canariófilos*, —amigos, aficionados a Canarias y lo canario, que de ésto, al menos, abunda— muy raramente hacen mención a las pinturas e incisiones realizadas sobre el basalto de tonos bronceíneos. Estos signos antropomorfos, alfabetiformes, rupestres con posible ascendencia numídica y aun tal vez fenicia, relacionados así mismo con otros parecidos localizados en el archipiélago canario como los de Belmaco en La Palma, los de Julan en el Hierro, de Anaga en Tenerife, de Fuerteventura y de Zonzamas en Lanzarote.

Estas huellas del pasado, ejecutadas con frotolitas del mismo barranco por los sistemas de frotación o de percusión, tienen una importancia extraordinaria porque sitúan a los canarios prehistóricos mucho más concretamente en su época que las cuevas escurbadas artificialmente en la toba volcánica o los poblados ciclópeos, porque le igualan, cuanto menos, a los mismos que decoraron la Cueva Pintada de Gáldar y realizaron una cerámica perfecta en su belleza, trabajaron artísticamente el cuero y momificaron como los egipcios a sus muertos.

Allí, yo solo en la bonancible tarde, en el agreste y semi olvidado paraje, rodeado por pedradas montañas de tonos rojizos, en medio del pequeño valle contenido en el silencioso barran-

co, presintiendo al mar muy cercano, rememore en mi imaginación al pastor, al náufrago, al forzoso viajero o al fugitivo artista que en diversas épocas quiso distraer su tiempo o se sintió impelido por fuerzas atávicas y ocultas y tomó un canto afilado grabando con él en las planas lajas mensajes que todavía están por descifrar.

¡Que placer invade al curioso, al aficionado a estas exploraciones y reconocimientos cuando, más que con la vista, por el tacto, se comprueba la profundidad de los trazos, de las líneas ejecutadas con firmeza en los balbuceos del arte primigenio del hombre! Signos de tipo alfabetiforme; figuras humanas esquematizadas, animales antropomorfos, árboles, hojas, algo que pudiera representar una nave antigua, señales cruciformes y hasta una estrella judáica. La gran variedad de incisiones de diversa forma ha inducido a creer que fueron ejecutadas por seres de diferentes civilizaciones y en distintas épocas.

Por quiénes, cómo y cuándo se hicieron las inscripciones en el barranco de Balos son cuestiones que se han discutido y estudiado reiteradamente sin existir aún, al parecer, certeza absoluta en las teorías expuestas, aunque todos aquellos eruditos que las han visto coinciden en señalar la gran importancia de este monumento rupestre canario, de estos Letreros que quieren hablar de un remoto y desconocido pasado...

Estos letreros que hablan de la supina ignorancia de quienes allí han estado en el transcurso de los años del pasado y presente siglos y han dejado estúpida huella de su paso. En la mayoría lastimosa de los casos, las inestimables inscripciones rupestres casi desaparecen bajo numerosas iniciales y aún nombres completos que continuamente, con el mismo tipo de fonolitas usadas por los aborígenes, gentes inconscientes garabatearon. He leído fechas desde 1886 a 1964 y algunas iniciales y nombres conocidos, de personas *aficionadas a las cosas de Canarias*.

¡Que pena que este singular monumento hable al curioso observador, no solo del espíritu creador y comunicativo del hombre prehistórico sino también de la ignorancia, de la incultura, del vandalismo de quienes en lugar de admirar o, al menos, dejar en paz, destruyen y ensucian por sistema, por puro *gamberrismo!*

Y desgraciadamente, aún hay más que lamentar allí. En esta última visita mía, pude observar, indignado nuevamente, la huella de la piqueta y el cincel que recortaron un trozo de roca en el que aparecía una figura antropomorfológica, el rastro de una piratería efectuada a nuestro patrimonio no ha muchos años por un inglés pseudo científico y cuya acción ya en su día se denunció.

Y úno se pregunta ante todo ésto: ¿A quién o a quiénes achacar mayor culpa, tanto de las inscripciones modernas y sucias bárbaramente rea-

lizadas como del expolio y del olvido totales?... Este grupo de rocas basálticas que recuerdan las pinturas rupestres del Tassili y de Smara como exponentes de la cultura sahariana, permanece completamente abandonado en la actualidad. Cercano a la autopista general del Sur, a la altura del Cruce de Arinaga y a unos dos kilómetros a la derecha de *la carretera del Estado* que conduce a Corralillos, ni un sólo rótulo hay que indique su situación, como dirigirse a tan importante punto representativo de la prehistoria isleña. Antes de llegar a Corralillos y al barranco de Piletas, una polvorienta pista que cruza caseríos solitarios conduce a los pozos de Alonso y de Los Betancores, siendo junto a este último en donde se encuentran los Letreros, en curioso y singular macizo rocoso que se alza en medio del barranco de Balos, en un llano casi desértico por el que crecen abundantes los balos, los calentones, las tabaibas dulces y amargas, las tuneras y las aulagas. La gente de los contornos, al menos aquellas a quienes yo repetidamente he interrogado cuando la nostalgia me impulsa a visitar éstos u otros centros canarios importantes de la isla, desconoce el significado de las enigmáticas piedras, naturalmente y, además, aún siendo proverbialmente atenta, apenas si sabe dar razón del sitio, si no se le indica previamente que está *junto a los pozos de Alonso y los Betancores*.

Ahora que asoman favorables síntomas, que parece estar despertándose la conciencia isleña, la curiosidad colectiva por conocer mejor todo lo que ataña al sugestivo pasado de Canarias, es acaso indicada la visita, casi diría obligada, al barranco de Balos, significando por último en este capítulo que la excursión es algo dura y pesada pero que merece la pena para todo aquél que se aproxime con sana y cultural curiosidad a contemplar, a estudiar y reconocer y no a contribuir con más garabateo de nombres que se hicieron hasta con faltas ortográficas, a la destrucción de tan maravillosas muestras del paso del hombre primitivo por la isla y el archipiélago. Porque lo que el tiempo con erosiones constantes de viento y esporádicas de agua no logró, puede muy bien conseguirlo la barbarie y la ignorancia humanas.

Los letreros del barranco de Balos son, sin duda, una página escrita por alguien, por algunos seres hace centenares, acaso miles de años y que nosotros tenemos la responsabilidad y la obligación de conservar, para algún día llegar a conocer mejor a través de ella el pasado de Canarias.

XIV

CUEVAS Y OTRAS EDIFICACIONES EN MORRO BESUDO Y EL BERRIEL

Una de las playas más sugestivas de Gran Canaria es la minúscula de Morro Besudo, desembocadura de corto barranco, escondida entre altos acantilados, con accesos hasta hace poco tiempo apenas practicables. Esta playa fue el sitio ideal para aquellos que buscan el solaz y la tranquilidad de una jornada dominical o festiva a las orillas del mar y lejos del tráfigo ciudadano.

Antes de continuar con la descripción de este rincón grancanario debo de aclarar que no sé ciertamente lo que habrá de verídico en las noticias que acerca de tan recoleta playa en el pasado se me han facilitado, generalmente por los mismos barqueros que, costeando, solían pescar por la zona.

Parece ser que, hace ya bastantes años, fue Morro Besudo muy verosímelmente seguro refugio de contrabandistas. Los barquillos que desde las costas africanas o de barcos detenidos en alta mar se arriesgaban a acarrear tabacos, bebidas, piezas de seda y otros artículos que ni las liberalidades de puerto franco isleño permitiesen entrar en tierra española sin abonar los correspondientes impuestos aduaneros, vararon in-

númeras veces en las finas arenas de esta disimulada playa; se supone que en el transcurso de medrosas noches sin luna, apenas iluminados con alguna improvisada antorcha, temiendo constantemente la imprevista aparición de los carabineros costeros o de la Guardia Civil, desembarcábanse en apresurada y sudorosa maniobra los alijos de ilegal procedencia.

A raíz de la Primera Guerra Mundial y más acentuadamente después de la Segunda, la emigración clandestina a Venezuela y otros prometedores países americanos adquirió un gran auge, mal endémico que dejó algunas de las islas Canarias casi desprovistas de brazos fuertes para trabajarlas. La necesidad era mucha y la miseria imperante mayor todavía.

En Gran Canaria, una de las zonas más propicias para el embarque, lejos de tajantes leyes emigratorias y de costosos cuando no imposibles papeleos, fué la que comprendía las playas y pequeñas calas del Este y el Sur.

Algunos de aquellos pretendidos emigrantes de tan heroicos y calamitosos tiempos me han relatado como en las numerosas y disimuladas cuevas de la costa, grupos de hombres decididos a todo, alentados por un ideal de mejorar fortuna, apretujados, carentes de lo más elemental para remediar sus muchas necesidades, después de haber abonado un puñado de pesetas conseguidas merced a operaciones de usura o a sangrientos

ahorros, se pasaban días y noches interminables de zozobra aguardando el momento en que el frágil barquichuelo, generalmente pequeña motora o balandra a vela, los recogiese. Si tenían la suerte, dentro de su desgracia, de no tropezar con alguno de los desaprensivos e inhumanos personajes que traficando con la necesidad y la miseria, cobrando anticipos, los dejaban en la estacada.

¡Cuántos infelices isleños han perecido en ignarados puntos del Atlántico, sin haber logrado ver realizadas sus ilusiones de crearse un nuevo porvenir en la prometidora, soñada y quimérica América!

Pues bien; tanto los contrabandistas como los fraudulentos emigrantes se escondían en las grutas que, naturales la mayoría, abundan por las costas, algunas de ellas ya usadas por los aborígenes canarios que compusieran reducidos núcleos de recolectores de lapas y mariscos, como se deduce de los concheros localizados.

He reconocido varias de estas cuevas que aparecen disimuladas en los rocosos acantilados, preferentemente en las desembocaduras de los numerosos barrancos. Otras, aquellas que dan al mar abierto, de muy difícil acceso, tan solo ha sido posible contemplarlas a distancia desde alguna laja o *marisco* escurridizo bañado por las constantes olas.

En la playa de Morro Besudo, desembocadura del barranco del Aguila y a unos cincuenta

metros de la orilla del agua existe una cueva muy interesante, camuflada su angosta entrada de tal forma que suele pasar desapercibida. La boca mide no más de cuarenta centímetros de ancho por un escaso metro de alto pero, una vez en su interior, uno se queda admirado de su amplio y bien distribuido espacio, calculando que pueden allí permanecer cómodamente hasta una decena de personas sentadas en círculo y un poco menos si se recuestan en los huecos al efecto escarbados.

Subiendo por el mismo barranco, hacia el Lomo de La Palma, se encuentran algunas grutas naturales menores, muy destrozadas.

Unos pastores que por la requemada comarca apacentaban menguado rebaño de ganado cabrío, señalándome con el *garrote* —pértiga de unos dos metros de longitud, de madera de eucalipto y con agudo regatón de hierro en un extremo, empleado muy eficazmente para *riscar*— el altozano denominado Los Castillejos o el Castillo, el día que recorrí aquellos andurriales, me comunicaron que había allí más casas de los antiguos, usadas hoy como refugios ocasionales. Posteriormente vine a enterarme de que, efectivamente, hay o hubo al menos, las ruínas de un goro así como de algunos túmulos funerarios, naturalmente ya profanados por gentes supersticiosas, ignorantes o desaprensivas y también

por los ilusos *buscadores de tesoros* problemáticos, que siempre existieron.

Es interesante el sinuoso barranco de Tarajalillo que desemboca en pequeña playa, a la vera de la punta o cabo del mismo nombre, por la parte Norte de Morro Besudo. Adentrándose por él, en sus pedregosas laderas de escasa vegetación de tipo desértico, aún se pueden apreciar los restos de algunas toscas chozas ciclópeas, posible asentamiento de un grupo o comunidad eminentemente pastoril, siendo en el Lomo de los Balos precisamente en donde se aprecian en mayor abundancia estas ruínas.

A continuación está el fragoso barranco conocido por Birriel o Berriel. Desde las Cumbre y Cumbrecita de Amurga, pasando por la Hoya de Toledo y bordeando la montaña de Las Tabaibas, son numerosas las huellas que se encuentran como restos de la población autóctona que habitó la comarca. Cuevas espaciosas y también reducidas escurbadas en las faldas de La Majadilla y Las Tabaibas, ruínas de chozas ciclópeas, de un gran recinto que recuerda al clásico goro de las reuniones y que el pastor que hizo conmigo el oficio de guía me confió en vaga información se le conocía por la *Audencia*, habiendo sido ocupado desde tiempos inmemoriales como habitual redil o refugio nocturno para el ganado lanar y cabrío.

También en el transcurso de la excursión se me mostraron unos *majanos*, amontonamientos de piedras que por su tosca configuración tronco piramidal presumí fuesen túmulos funerarios. Hace ya algunos años, se realizaron en aquellas tierras repetidas excavaciones arqueológicas o cataduras y se recogieron diseminados por las laderas, entre aulagas, cardones, tuneras, balos y tabaibas algunos restos de cerámica, que muy bien puede ser aborígen.

Es, ciertamente, como las demás efectuadas, una excursión atrayente la realizada a los bañrancos del Aguila, Tarajalillo y Berriel y a los altos de las Tabaibas y Amurga, aunque lo solitario y áspero del desértico terreno deprima un tanto el ánimo, no contribuyendo mayormente a imaginar a unos seres que hace escasamente unos centenares de años por allí vegetaron. Lo diseminado de las cuevas y lo tosco de las edificaciones así como la ausencia de más alta y profusa vegetación y de posibles manantiales, amén de tierras propicias para sementeras de cereales, dá idea de que fueron no obstante muy reducidos los grupos indígenas, acaso más bien nómadas, que pastoreaban los ganados por la comarca poco menos que estéril.

XV

EN EL BARRANCO DE LOS GUINCHOS

Desde hacía tiempo, algunos de los amables comunicantes que tengo la suerte de conocer por el ámbito de la isla y a los que en reiteradas ocasiones he pedido informes de tal o cual paraje, sobre esta leyenda o nombre local de aquella planta o accidente geográfico llamativo, me venían hablando con vaguedad de ciertas tumbas, de aborígenes seguramente, descubiertas por los contornos de una playa del Sur; mas ninguno de los que me lo anunciaban lograba detallarme sitio, toponimia para explorar con certeza y posibilidad de éxito. Por fin, a falta de nuevos datos, decidí realizar algunas averiguaciones en la zona y así, un buen día de cálido verano, en tanto mi familia disfrutaba plácidas horas de mar y sol en San Agustín, me acerqué a la playa de Las Burras y pronto trabé, como no podía ser menos, conversación con unos barqueros que sesteaban bajo la sombra de los barquillos varados sobre los numerosos cantos rodados de la orilla del agua, junto al miserable poblado ribereño hoy ya desaparecido.

Nadie me supo en principio dar razón de las supuestas tumbas, ni aún los más viejos pescadores ni las mujeres que, en esto de cosas

de los antiguos, cuando de tradiciones o leyendas se trata, saben más, recuerdan mejor los detalles.

No obstante, después de un rato de preguntar reiteradamente y de oír respuestas variadas, un tanto zumbonas a veces pues es corriente que las gentes lleguen a reírse aunque sea disimuladamente de quienes se interesan por cuevas, huesos o *puzolanas*, alguien dejó caer el vocablo *guincho*, que así es como por los campos isleños llaman a veces a las tumbas canarias, una un mucho retorcida versión o corrupción de *nicho*, tumba o fosa. Y entonces sí; entonces casi todos los allí congregados, a una, volviendo la espalda al mar, me señalaron un pequeño barranco que, cercano, ensanchándose casi de repente, moría en la costa. Se le conoce precisamente por el de *Los Guinchos*, es de corto recorrido, compañero menor de Barranco Hondo y del Cañizo, teniendo como accidentes geográficos más acusados la Degollada de las Sabinas y el Lomo de los Pajaritos.

Las gentes de la playa de Las Burras, como buenos barqueros de raza de pescadores, no solían adentrarse en las montañas y apenas conocían los lugares más próximos a su pequeño mundo que era el conglomerado de chozas de cemento y piedra, reforzado vestigio acaso de antepasadas obras ciclópeas. Pero sí que oyeran cosas a los pastores, a los cabreros que les

vendían la leche, a los campesinos del contorno que acudían a comprar pescado. En el barranco, según se decía, había muchas cuevas y también tumbas de los *antiguos*. En distintas ocasiones se encontraran restos de esqueletos humanos y aún se contaba de algún curioso que se atrevió a entrar por el sinuoso cauce seco de noche y oyó lúgubres gemidos y se topó con grandes perros negros y lanudos que parecían conocer bien el terreno y que gruñían amenazadores sin permitir el que se les acercase.

Antes de abandonar la playa de Las Burras aún se me habló de unas cuevas próximas a los caseríos de San Fernando y el Tablero de Maspalomas, aunque nunca pude acudir a examinarlas.

Como es de suponer, de inmediato me acerqué al barranco de Los Guinchos. Después de avanzar con el coche un par de kilómetros por una polvorienta pista que me llevó a la vera de un pozo artesiano abandonado, continué a pie, con la eficaz ayuda del metálico bastón que me acompaña en este tipo de exploraciones y ascendí a un altozano, a su cima recubierta de unas curiosas lajas planas basálticas que me hicieron evocar a las componentes del macizo del barranco de Balos con rupestres letreros. Entre aquellas piedras de tonos bronceíneos crecían abundantes las tabaibas dulces y gruesas matas de cardones y tuneras. El otero era barrido casi de continuo por el viento; pronto lo descendí

por el Norte, encontrándome a poco con el primer grupo de cuevas, mitad naturales, mitad adecuadas y ampliadas para ser usadas como cómodos y seguros refugios en días de temporales de levante o nortadas dado que el barranco está orientado preferentemente hacia el Este. A medida que me iba adentrando en el desértico paisaje un tanto sobrecojedor y en donde parecía abundar la caza pues fueron varios los conejos que saltaron ante mí reiteradamente, más grutas, unas aisladas y otras en grupos, todas solitarias y generalmente a media altura en ambas laderas, aparecían con la continua atracción de sus bocas silenciosas dando entrada a enigmáticos interiores. Reconocí unas cuantas en las que hallé abundantes restos de tosca cerámica así como gran cantidad de conchas de lapas, huesecitos de pescados y otros moluscos, confirmándome ello en la suposición de que aquellas cuevas sirvieran en el pasado, además de refugio para pastores, como privilegiados centros de reunión donde celebrar banquetes los recolectores de mariscos. Tan claros rastros allí abandonados demostraban esta teoría.

Ciertamente, el conjunto de tales viviendas trogloditas no ofrece la apariencia clásica de un verdadero poblado canario como los que se encuentran más al centro o Norte de la isla, pero no deja de presentar al curioso explorador un encanto especial cuando se le recorre en silen-

cio casi absoluto, en medio de la áspera naturaleza sureña.

No hallé vestigios de los nombrados *guinchos* que aparentemente dieron nombre al lugar aunque bien es verdad que no llegué a examinar completamente el interesante barranco pues como el sol comenzaba a ocultarse tras los riscos de las montañas de León, de Los Vicentes y el alto de Pajonales allá lejos, decidí aplazar el resto de la exploración para mejor oportunidad.

XVI

LA NECROPOLIS DE ARTEARA Y LA MONTAÑA DE LEON

Hay una serie de pueblecitos verdaderamente típicos repartidos por la redondez geográfica de Gran Canaria, siendo todavía muchos de ellos prácticamente desconocidos por la mayoría de los aficionados excursionistas dominigueros.

Atendiendo aquí a los lemas de que, *antes de conocer lo de los demás hay que conocer lo propio*; de que para poder establecer comparaciones, para defender o detractar es preciso saber y que, *al conocer la patria, mejor la hemos de amar*, yo recomendaría al turismo *de dentro*, al de casa, que en esas giras festivas, cuando ya se sienta la monotonía de acudir siempre a la misma playa o al mismo lugar en el campo, se realice alguna excursión fuera de los circuitos clásicos. Y si así lo hace, más de uno, tanto nativo como foráneo, se maravillará ante la gran variedad de paisajes, de atrayentes y bucólicos parajes que desconocía.

En precedentes capítulos he hecho ligeras alusiones a caseríos perdidos, escondidos entre montañas, a bosques frondosos en lo alto de agrestes cumbres, a huertas ubérrimas sepulta-

das al pie de imponentes riscos, a oasis de verdor que emergen en medio de la aridez de terrenos volcánicos circundantes.

Claros ejemplos de ésto se encuentran en la inmensa Caldera de las Tirajanas o en el anchuroso, bravío barranco que desciende desde el centro de la isla hasta Maspalomas y el mar. Y también en Fataga, un pequeño pueblo situado en el lomo de suave colina que emerge en este barranco, en su imponente fragosidad y al que da su nombre.

Otro ejemplo es Arteara, bucólico rincón, feraz terreno también enclavado en el barranco de Fataga, en donde abundan diversidad de árboles frutales, productivas parras y se cosecha mijo, de los mejores para la confección del gofio ancestral y sustentador, famoso en toda la isla.

El caserío de Arteara está compuesto por un corto conglomerado de casas de labranza típicas, a donde parece que aún no ha llegado la ebullición y constantes mutaciones del mundo actual que le rodea. Allí es aún posible gozar de noches de paz, de días siempre iguales; allí se puede coger en el verano sabrosa fruta de los árboles que crecen a la vera de las sendas, tomar fresca agua destilada de la pila adornada con culantrillos, admirar la galanura de animales de ceba o aves de corral bien nutridos, etc.

Arteara es pequeño pero florido y fragante vergel que destaca notablemente en el centro

del barranco ofreciendo gran contraste con el terreno volcánico, quemado e improductivo en el que tan solo crece una vegetación raquílica de tipo desértico.

Alturas como el Lomo de los Vicentes, Cumbre de Trujillo y Pino de la Cogolla con mediciones de más de mil metros sobre el nivel del mar cierran el horizonte riscado por el Oeste; las impresionantes Cañada de Geuca y Degollada de la Yegua Muerta por el Sur; los Portillos, Los Caserones, Cumbre de Amurga y Roque Almeida, —éste, de mil cien metros de altura— por el Este; y al Norte, lejos, más allá de Fataga y Tirajana, las agudas siluetas de La Culata, Risco Blanco, Los Pechos, La Caldereta, La Agujerada y El Campanario rematan el fantástico paisaje.

Así localizado Arteara, en este tan imponente paraje isleño, cual verdoso y refrescante oasis destacando en la aridez circundante, no es difícil el suponerlo antaño importante centro habitable canario. Ciertamente que no abundan excesivamente por allí los poblados de cuevas, pero sí aún subsisten restos de chozas de piedra que se conocen por *las casas de los antiguos o de los guanches*. Y muchas de las actuales viviendas, naturalmente reformadas, adicionadas con indispensables servicios además de los alpendres y chiqueros del ganado caballar, vacuno, cabrío y porcino, parecen reminiscencias claras de aque-

llas aborígenes observadas en diversas zonas grancanarias.

En la parte Sur del caserío, a su casi inmediata continuación, está enclavada una de las necrópolis de los canarios más importantes de toda la isla. Por su abundancia, lo geométrico de sus edificaciones y el localizarse entre los restos puramente volcánicos, —cual parece era la costumbre de enterrar a sus muertos aquellos seres que proviniendo de algún mundo ignorado se quedaron aquí como en etapa terminal de una cultura eminentemente megalítica— se dijo en alguna ocasión de este grandioso cementerio que “todo él está formado de tumbas y su número alcanza a muchos miles”; que se deben de examinar separadamente los tres principales componentes de tal estación arqueológica: el de las tumbas del cementerio en sí, el de los curiosos túmulos y unos cercanos goros.

Las tumbas son cistas muy características, rectangulares, escarbadas en el mismo cascajo lávico, recubiertas de grandes losas y amontonamientos de piedra menuda; los túmulos toman forma rectangular, tronco piramidal, casi todos orientados de poniente a naciente; y algo alejados, en las laderas, restos pétreos que hoy se usan habitualmente como refugio de pastores y ganado, muy posiblemente goros aborígenes.

Naturalmente, al menos en lo que se puede observar a primera vista, todos estos restos de

la arquitectura canaria primitiva han sido profanados y semidestruidos, acaso desde ya hace muchos años, tanto por la ignorancia de quienes resolvieron en ellos sin saber lo que significaban, como por aquéllos que buscaron algún pretendido tesoro material, sin presumir que la riqueza solicitada existía aunque de otra forma y que la estaban destruyendo vandálicamente. Algunas tumbas fueron también parcialmente destruidas al efectuar catas científicas en ellas para determinar su origen. Aún es posible observar restos de unos curiosos amontonamientos de piedras que los científicos llamaron *estelas funerarias* diciendo haber sido como escaleras por donde ascendían al infinito las almas de los muertos.

Según rumores oídos a las buenas gentes que habitan los contornos, existen tumbas sin destruir o explorar en las laderas de la montaña de poniente. Enfrente, en Los Portillos, a bastante altura sobre la carretera que contorneando el risco conduce desde Tirajana y Fataga a Maspalomas, varias intrigantes cuevas se ofrecen tentadoras a audaces escalos,, una de ellas casi totalmente tapiada por artificiosa pared; pero son prácticamente inaccesibles ahora, aunque según me dijeron, ya fueron exploradas hace muchos años por *un comandante* —textualmente informó un simpático anciano arteagueño—. También fueron reconocidos, estudiados y dados a

conocer los túmulos en el año 1942 por la Delegación Provincial de Excavaciones Arqueológicas.

Después de la escarpada degollada o Cumbre de Trujillo y del Lomo de Los Vicentes, otro profundo e impresionante corte en el terreno lo constituye el barranco de Ayagaures, interesante estación arqueológica aún sin explorar concienzudamente.

Tomando la pista asfaltada que arrancando de la carretera local al Tablero de Maspalomas deja a la derecha la que serpentea por el barranco hasta la misma presa de Ayagaures, es posible ascender a un bonito caserío en la Montaña de León que ofrece una amplitud total de panorámicas sureñas, destacando el vergel de regadío que se prolonga carretera adelante demostrando una vez más el tesón del labrador isleño que convierte terrenos valdíos en ubérrimos si se logra el agua precisa fundamental. Al tiempo que se asciende más y más hasta alcanzar alturas impresionantes a muy pocos kilómetros de las arenosas playas del Sur, las cuevas diseminadas por la fragosidad de riscos y montañas se suceden, unas ligeramente alteradas por los pastores que las acondicionaron para su esporádico uso, otras destruidas merced a repentinos y reiterados desprendimientos de tierras y piedras y las más, inaccesibles, sin reconocer adecuadamente, tan solo visitadas por algún arriesgado

cazador o buscador de nidos de palomas torca-
ces y guirres.

La pista muy bien preparada continua des-
pués de la montaña de León hasta un alto, ais-
lado risco, en pleno barranco de Chamariscan y
que poco tiempo hace ha sido rebautizado con
el topónimo de Roca Negra por quien ha cons-
truído en aquel verdadero nido de águilas apa-
cible retiro.

En el cercano barranco de Ayagaures, por el
lugar denominado Montaña Negra, muy esca-
broso, apenas transitado, hay varias cuevas, al-
guna muy interesante y que, según informes
emitidos por los lugareños, parece ser todavía
no se ha logrado entrar en ella.

XVII

EL CAMPANARIO, TIRMA, EL FANEQUE Y TAMADABA

Cuando se escribió acerca de la religión de los canarios, casi todos los cronistas coinciden en señalar que había en la isla Gran Canaria dos montes tenidos por sus habitantes como sagrados, que los mencionaban a la par que a su dios Alcorac al efectuar toda suerte de invocaciones y rituales ofrendas.

Dice Abreu Galindo: "Tenían dos riscos muy altos, donde iban con procesiones en sus necesidades; el un risco se llamaba *Tirmac*, en el término de Gáldar y el otro risco se llamaba *Umiaga*, en Tirajana, que dicen los Riscos Blancos, término de Telde".

La toponimia del país, que en mucho ha ayudado a los investigadores y lingüistas canarios a pesar de las claras corrupciones de los vocablos, acaecidas durante estos últimos siglos, de poco sirve en el presente caso.

Al Norte de la isla hay una eminencia y un caserío denominados Tirma, pero su identificación con la montaña sagrada de los canarios es bastante dudosa; y en cuanto a Umiaga, más difícil todavía está su localización porque siempre fue vago e impreciso todo dato ofrecido o

encontrado al respecto. Hubo historiadores que quisieron identificar tal santuario con las Cuatro Puertas de la montaña Bermeja y aún con el Roque Aguayro, —también, según la toponimia de algún mapa, conocido por Tirma— curioso promontorio que se alza solitario a un kilómetro escaso del barranco de Balos y sus letreros. Asimismo en Riscos Blancos, La Agujerada, El Campanario o La Plata, todos aislados roques de grandes alturas que bordean por Norte y Este la Caldera de Tirajana, junto al Pozo de Las Nieves, se intentó localizar este mítico Umiaga.

El historiador teldense Marín y Cubas, escribiendo en el siglo XVIII, reconoció que la localización exacta de dichos puntos geográficos isleños era ya en su época harto difícil “pues el recuerdo de ellos había desaparecido de la memoria de las gentes”.

Grau Bassas en su obra *Exploraciones por Gran Canaria*, escribe que cree que el Almogaren de Umiaga es el mencionado por Marín y Cubas, añadiendo: “si bien me parece que no vio el almogaren el tal historiador y lo describió por referencias”. Este explorador canario habla extensamente de un *Almogaren de Umiaga* junto a La Culata y Riscos Blancos, diciendo que habiéndole él preguntado a un campesino por qué llamaban al agudo roque central El

Campanario, aquél le informó de que era porque en lo alto había *una iglesia*.

Efectivamente, aún hoy en día, si se interroga a los pastores que apacentan sus rebaños por aquellas latitudes o a los campesinos que cerca viven, afirman que *allí era en donde decían misa los antiguos*.

Hace poco tiempo, después de un madrugador agradable recorrido por los hermosos paisajes que atraviesa la carretera del Centro hasta la Cruz de Tejeda, llegándome al Pozo de las Nieves, contemplé lo más cerca posible la mole imponente de los riscos cortados a pico sobre el inmenso cráter de Tirajana.

Realmente existe un algo de confusión entre los nativos residentes en aquella zona de los Pechos, cuyo pico más alto es el geodésico culminante de Gran Canaria con 1.950 metros sobre el nivel del mar y que está ocupado en la actualidad por unas instalaciones militares. Al interrogar como tengo por costumbre a un campesino que por aquellos lugares me encontré, con referencia al Campanario me contestó que se llamaba así debido a un gran agujero que presenta casi en su cima y que se asemeja al hueco dejado por una gigantesca campana. Pero, aquel mismo día y poco después, preguntando a un viejo pastor que vive cercano a las Cuevas de los Bobos, me dijo que lo que yo tomaba por El Campanario era realmente La Agujerada y aquél un risco

que con una pequeña meseta en la cúspide es remate del semicírculo formado alrededor del Pozo. La esposa del pastor, amena narradora de curiosas leyendas, además de una serie de interesantes datos toponímicos de la comarca que teníamos delante de nosotros, me informó de la existencia de numerosas cuevas, inaccesibles generalmente, en las faldas de todos los montes circundantes y me habló especialmente de una enorme, cercana a los Riscos, en donde se decía que *celebraron la misa los antiguos*. Aquella simpática pareja de ancianos cumbremos, durante el rato que con ella pasé, también me relató, entre otras, la leyenda del gigante cuya mítica tumba aún no ha sido localizada con exactitud a pasar de que se la supone por lo que se conoce como la Degollada del Gigante junto a la montaña del Carrizo o Carrizal y en donde hay un goro que los lugareños llaman *la iglesia*, cercano al poblado ciclópeo del Carpio y al risco Morro Gonzalo, habiendo allí algunas cuevas funerarias que se extienden hasta los confines del Pinar de Pajonales, al Oeste de la isla. Así mismo, en aquellos riscos, según continuaron confiándome mis ocasionales informadores, se localizan de cuando en cuando gruesos trozos de tea incrustados en las rocas más altas, indicios de desafiantes gestos deportivos o de reto entre los aborígenes.

Por último, diré que historiadores y comentaristas ha habido que quisieron localizar cerca-

no al Campanario, la Agujerada, etc., al célebre Sitio mencionado por los primitivos cronistas que decían que estaba... "entre las Tirajanas y Gáldar". En un lugar espacioso, con numerosas cuevas en las faldas de las montañas que lo rodean, está el Llano de la Pez, —¿acaso corrupción de *Llano de la Paz*?— y unido al Risco por un sólo espolón, fácil camino si no se obstruye con rocas o troncos de árboles.

Si bien, parece que El Sitio, el mítico Ansite, es localizado al Sur de Santa Lucía, en el promontorio denominado La Fortaleza, un buen yacimiento arqueológico, sobre todo la gran gruta que en forma de túnel atraviesa el montículo. Este conjunto fortificado tiene muchas menores proporciones que el Campanario y la Agujerada del Pozo de las Nieves.

La montaña de Timagada y los monolitos naturales como el Roque Nublo, el Fraile y La Rana ofrecen en sus laderas cortadas a pico pequeñas cuevas difíciles, por no decir imposibles. de reconocer en la actualidad. Son numerosos los poblados típicamente trogloditas, unos habitados por gentes isleñas y otros en estado muy ruinoso y que yo he visitado, tales como las Cuevas de Caballero cerca de Artenara, las Cuevas de los Bobos y Cuevas Caídas altitudes notables de los riscos que se forman sobre Tejeda y algunas en El Rincón y La Culata, por los comienzos del fragoso barranco que dejando a un lado

al Roque Bentayga de 1.300 metros de altura e importante estación arqueológica ya explorada y las cuevas vivienda de Acusa, desemboca ancho e impresionante por San Nicolás.

El otro monte invocado por los canarios era Tirma. En el término de Artenara, cerca de Tamadaba hay, efectivamente, una montaña de unos 800 metros de altura, con pequeño caserío desarrollado al pié, denominada Tirma. Pero las dudas de que tal punto geográfico sea el citado por los primitivos cronistas subsisten y ya en repetidas ocasiones se trató de tachar a tal monte de apócrifo. Verdaderamente, teniendo que suponer a este monte sagrado como el más destacado de los contornos, tal vez rayano con el mar puesto que, se decía, desde él eran riscados por los servidores de la justicia los incurrentes en falta, no parece el más idóneo para identificarlo con el venerado de los canarios. Existe, sí, allí cerca, otro roque, acantilado, más alto e impresionante, más lógico para considerarlo como Tirma, merced, entre otras cosas, a su configuración y aislamiento. Es el Faneque con sus 1.086 metros de altiud y laderas o vertientes del Norte cortadas a pico sobre el mar y una plana meseta en su cima con acceso muy difícil a ella a través de un espolón primero y fragosa garganta después que pretende unirlo al pinar de Tamadaba. En sus escarpadas faldas se localizan algunas pequeñas cuevas, grutas naturales

sólo visitadas por las aves marinas, los guirres, las aguilillas y los cuervos que abundan allí. Las malezas crecen libres y abundantes en su cúspide.

El frondoso bosque de Tamadaba, inigualable paraje isleño, está enclavado en las zonas altas norteñas grancanarias, teniendo a sus pies, muy abajo, además del mar, el fértil barranco y valle de Guayedra que fue cuna de aquel Fernando Guanarteme último rey canario; el valle de Agaete y Los Berrazales, uniéndose por el norte al Faneque a través de estrecho paso y por el Oeste y Sur a Tirma y Artenara. Todos los alrededores del pinar han sido estaciones en que se localizaron abundantes restos de aborígenes, comprendiendo viviendas, túmulos funerarios y en las partes más riscadas y elevadas gruesos maderos de tea allí clavados por deportistas indígenas prehispánicos. El monolito conocido por el Dedo de Dios y el Puerto de las Nieves de Agaete son punto de partida para una serie completa de paisajes amplios y evocadores.

XVIII

AGUMASTEL Y LA CORTE DE LOS GUANARTEMES

Por el Norte de Gran Canaria, en la carretera que desde Gáldar conduce a Agaete y San Nicolás, un poco más allá de la montaña de Almagro y en el lugar denominado El Juncal, se ofrecen a la vista del curioso viajero o explorador las ruínas de lo que antaño fue un poblado troglodita más de los muchos que se distribuyen por la isla.

Hace poco tiempo, en la prensa local apareció un comentario sobre este poblado, informándose en él que dichas cuevas no eran restos de viviendas aborígenes sino *minas abandonadas*, hoyos abiertos no ha mucho por extractores de arena para la construcción.

El en anteriores capítulos mentado investigador galdense José Batllori y Lorenzo, con respecto a tal enclave isleño escribió un muy erudito artículo en la revista *El Museo Canario* por el año 1901, afirmando que el moderno El Juncal era el Agumastel prehistórico. A continuación entrecomillo algunos párrafos de dicho trabajo literario ya que ellos por sí solos hablan bien explícitamente:

...“subiendo por el puerto y Barranco de Agumastel se halla a setenta y cinco minutos del centro de la Corte, la población grande de Agumastel, situada en anfiteatro en la falda meridional del monte Almagro, toda ella formada de hermosas grutas y algunas casas de piedra seca. De este barrio dista a poco el de Agaete, entre los cuales se hallan sus cementerios...”

...“Agumastel surge desde una de las vueltas de la carretera que cruza la solitaria llanura, escarbado, en anfiteatro, sobre las estribaciones del Almagro, bordeando luego el barranco de Las Cruces hasta muy cerca de su puerto...”

...“Las innúmeras grutas de Agumastel se agrupan con sus puertas eternamente abiertas al poniente...”

Continúa el articulista informando que en el pasado se hallaron allí restos de utensilios, cenizas, molinos para hacer el gofio, cacharros primorosos y pintaderas. Y termina comentando, nostálgico:

...“Por aquellos lugares hay todavía algo vivo que trae a la memoria el recuerdo melancólico de los que fueron”.

En esta zona del Agumastel indígena que en varias ocasiones yo reconocí, aún se pueden ver cuevas muy pulcras, modificadas naturalmente y habitadas por unas cuantas familias de campesinos. Caminando por los recovecos del barranco, en dirección a la costa, rememora-

ba los desembarcos allí realizados por Diego de Silva y el almirante portugués Sardinha cuando intentaron adueñarse de la isla en el siglo XV; y aún me parecía percibir en lejanos ecos nostálgicos las frases con que los indígenas recibían a quienes suponían llegados en son de paz: *¡Sansofé altacaite faya!* que significa algo como *¡Seais bien venido, valiente hombre poderoso!* Y también el de los gritos dados desde lo alto de las cercanas montañas cuando la realidad de invasiones cruentas: *¡Faita, feita!*. — *¡traición, traición!*

A poca distancia de Agumastel estaba la antigua corte de los nobles Guanartemes, acaso en la actual Vega Mayor de Gáldar, cerca del barrio de Anzofé.

Pocas huellas quedan, lastimosamente, del pasado esplendor y poderío de aquella corte isleña. Galdenses preocupados por la investigación del pretérito canario afirman saber a través de tradiciones estar aún sin descubrir la mayor parte del palacio regio y suntuoso, subterráneo, mencionado por antiguos cronistas y cuya única muestra es la Cueva Pintada que aparece en muy lamentable estado de conservación.

En el artículo titulado *Un descubrimiento notable*, publicado en la revista del Museo y escrito por Batllori se habla del descubrimiento del *Panteón de los Guanartemes* llevado a cabo por Antonio Pérez Molina "entusiasta investi-

gador de nuestras tradiciones, explorador incansable hace tantos años en esta histórica comarca, la más rica de todas en vestigios del antiguo pueblo canario”. Según informa el investigador galdense, el recinto subterráneo era, ...“en forma de elipse cortada, que con la entrada nos dá la perfecta figura de una copa o jarrón y que parece haber sido trazado y construído por modernos artífices, es verdaderamente admirable”. Se componía de dos antesalas muy artificiosamente labradas en la toba y decoradas con motivos geométricos similares a los de la Cueva Pintada. Un estrecho boquete daba acceso a la cámara funeraria en sí, asimismo decorada y en cuyo allanado piso aparecían hasta ocho fosas con restos humanos recubiertos de suntuosas pieles y ricas maderas.

Todo este inestimable monumento fue destruído inopinadamente a los pocos días de su hallazgo porque por los propietarios del terreno se consideró más útil el terminar de construir un estanque para aguas de regadío.

XIX

LA CUEVA PINTADA

Estaba disfrutando de una agradable tarde primaveral en lo que fue Agalda prehispánica.

Cosas maravillosas, de apasionado sabor localista, acababa de oír de labios de un acérrimo galdense añorador de pasadas glorias.

Recorrido el interesante templo parroquial, visitado el museo que alrededor de corpulento drago se exhibe, palpado en arrobada admiración las joyas que forman el tesoro compuesto de objetos canarios prehispánicos, tan solo me quedaba por ver lo que con gran anhelo traté de localizar: La Cueva Pintada, enclavada en terrenos que de siempre se han conocido por el topónimo castellano de La Audiencia.

Un atento jovencito me guió hasta las cercanías de la Plaza del Cristo e hizo de introductor ante una señora que gentilmente autorizó la entrada a la finca y a la famosa cueva. Dicha señora, que por lo que deduje allí habitaba, al indicar el lugar por el que nos interesábamos y que estaba *más allá de los alpendres y chiqueros de los animales*, confesó llanamente que jamás había ni tan siquiera intentado penetrar en aquel oscuro, húmedo y misterioso recinto. Creo haber dicho ya que en mis correrías por los poblados

aborígenes esparcidos en toda la geografía gran-canaria, más de una vez me he tropezado con un impreciso temor a *las cuevas de los canarios*, en donde, aunque confusamente, se supone moran todavía los espíritus de aquella raza autóctona.

Después de recorrer un pintoresco sendero enlosado y limpio, festoneado de macetas conteniendo policromos anturios y crotos verdosos, al margen de frondoso platanar y más allá de algunos cobertizos en que rebullían cabras y cerdos, espantando alguna paloma o cacareante gallina, dí con la oscura entrada del ansiado recinto, en un profundo desnivel del terreno, a ras del suelo.

Descendiendo los rústicos escalones tallados en la tierra y que, naturalmente, son obra de hace poco tiempo, se accede a la Cueva Pintada, estancia de planta rectangular, casi cuadrada, de unos cuatro metros de altura el techo; en uno de sus húmedos rincones se observa una especie de cubículo o lacena y allí, merced a la luz de la linterna que portaba, en una de las grietas o pequeños socavones, pude apreciar un hueso alargado, posiblemente tibia humana, como único exponente de oculto enterramiento. Al tocarlo, se quebró en varios trozos por uno de sus extremos.

Tras un corto y ansioso reconocimiento, el pesar se mezcló con la indignación en mi ánimo y literalmente se me cayó el alma a los pies al percibir el estado de abandono total en que se encuentra lo que pudiera haber llegado a ser jo-

ya admirable, monumento vivo del alto neolítico canario. Confieso que bien me habían prevenido para esta desilusión, pero jamás pensé que la incuria de quienes están obligados a cuidar esta muestra de arte rupestre llegase a tal extremo.

Reitero aquí que como persistente aficionado a indagar en el pasado de la raza autóctona que vivió durante varios siglos de nebulosas leyendas, de oscura prehistoria en el Archipiélago canario, he recorrido poblados, tanto trogloditas como ciclópeos, he visitado necrópolis, audiencias, lugares de oración... Unos abandonados y olvidados, otros ligeramente adecentados, cuidados como se merece todo resto histórico todo monumento que sea exponente de una raza, patrimonio de un pueblo; y hasta he visto algunos lamentablemente mistificados como reconocimiento a una mayor atracción turística. Pues bien; el *abandono* de la Cueva Pintada de Gáldar, —se resiste a salir la definición de *pintada*, cuando esta cualidad apenas puede ya apreciarse— tan solo ofrece parangón con el bárbaro crimen, sacrilego robo cometido en uno de los escasos monumentos que el Archipiélago canario cuenta de inscripciones y grabados rupestres como fue el perpetrado en el barranco de Balos por falaces piratas pseudo científicos.

La Cueva Pintada de Gáldar se descubrió, como casi todos los restos hallados de la pasada civilización canaria, en fortuita ocasión, al alla-

narse unos terrenos, allá por el año 1873. Lo que yo, acongojado, contemplé era tan solo una pequeña parte del complejo troglodítico real que sin duda fue. Merced a una acuarela confeccionada al poco tiempo del hallazgo, conservada hoy en el Ayuntamiento de la ciudad como valiosa joya, se conoce con bastante exactitud la decoración bella, geométrica, de paredes y techo del recinto; dicha acuarela parece ser fue posteriormente y con la mejor voluntad ligeramente adulterada mas ello no es óbice para adivinar la viveza de colorido de los frisos de círculos concéntricos, regularmente dispuestos y separados entre sí, pintados en blanco sobre un fondo de tonalidad rojiza, cuya disposición quiso algún entendido suponer como una tabla o calendario lunar similar a los de otras civilizaciones ya desaparecidas. Bajo dicho friso, más de una docena de figuras geométricas, principalmente rectangulares, a cuarteles, con triángulos y círculos que muy bien pudieron ser los lemas o divisas de los guayres que componían el Sabor o Consejo Real, de idénticos motivos a los grabados en las intrigantes pintaderas canarias.

Pero, ¡ay!, todo aquel polícromo colorido, la singular decoración que convertía a la cueva en inapreciable testimonio, ha desaparecido casi por completo; las paredes y el techo rezuman una agua fría y achocolatada proveniente del riego de las plataneras que sobre ella crecen a tan solo

cuatro o cinco metros. Y los tonos preciosos y delicados se han perdido o están ocultos por la capa del resbaladizo verdín formado a causa de la perenne humedad. Algún gracioso ignorante llamado *Paco* contribuyó a levantar y desaparecer más aún la pintura poniendo allí su firma garabateada bárbaramente. Muy tenues, en la pared de la izquierda según se entra, se observan algunos trazos y colores de los tan bien detallados en la acuarela realizada por el Sr. Guillén.

Y nada más; lo que pudiera considerarse como un auténtico santuario de la raza canaria no es más que un gran vertedero de basuras que comprende restos de botellas, latas oxidadas, maderos, piedras sueltas, huesos y plumas.

Salí de la cueva anonadado, como me imagino habrán salido aquellos que atraídos por su fama, puesto que famosa es pese a todo entre el pueblo culto, a ella acudieron esperando contemplar emocionados lo que algún escritor, recordando las cuevas de Altamira, ha denominado *Capilla Sixtina del arte autóctono canario*.

Cuando aquella tarde regresaba a Las Palmas por unas zonas de panorámicas singulares y hermosas, soñaba despierto, a riesgo de distraerme en demasía ante el volante del coche por la sinuosa carretera. Veía en mi imaginación una amplia pista, con espaciadas balconadas al mar, con típicos mesones o paradores a su vera, en aquella ruta de los aborígenes canarios que con-

ducía a puntos claves para el turismo tanto nacional como extranjero interesado en conocer la singular historia de un pueblo con civilización propia que habitó felizmente en medio del Atlántico. Estaciones como el Cenobio de Valerón que era vivienda de harimaguadas o amplio agadir guardador de granos; el Museo Galdense formado acaso en el edificio hoy ocupado por el Ayuntamiento, alrededor del imponente drago; el neoclásico templo parroquial con sus valiosas imágenes, cuadros y mobiliario de rancio abo-lengo; el complejo poblado ciclópeo del Agujero; la suntuosa, geométrica necrópolis de La Guancha; el monumento colosal al Guanarteme Bueno con las cenizas de tan noble personaje histórico en su base, allá en lo alto de la montaña que es copia miniaturada del vecino Teide gigante... ¡Y la Cueva Pintada seca, alumbrada adecuadamente, con las pinturas de sus limpias paredes restauradas, sin plataneras ni aguas de riego encima!

Pero todo eran sueños.

Y, sin embargo... Si la proyectada carretera de circunvalación a la isla por el Norte es un hecho; si gracias a subvenciones oficiales y a entusiastas aportaciones particulares el pueblo de Gáldar, cuna de realezas e hidalguía, se prepara cara al turismo que, además de conocer, expande la historia y la cultura de una raza que jamás se extinguirá del todo; si con ello entran indudable-

Mis exploraciones canarias

mente las divisas, el dinero preciso para estas realidades y que nuestra actual civilización materializada exige, tal vez...

XX

YACIMIENTOS EN LA AGALDA PREHISPANICA

La comarca galdense ha atraído siempre mi interés de arqueólogo aficionado e impenitente explorador porque es quizás uno de los más ricos yacimientos de este tipo en toda la isla. No cabe duda de que fue en Gáldar en donde la civilización canaria adquirió mayor madurez y esplendor pues, no ya solamente las primeras crónicas del Archipiélago así nos lo dicen, —Boccaccio en su manuscrito que hace relación de una expedición portuguesa efectuada a mediados del siglo XIV; Edrisi y la leyenda de los Maghruinos de Lisboa; el aventurero capitán árabe Ben Farrouchk, y otros hasta llegar a Bernaldez, Escudero, Sedeño, Valera, etc., que escribieron en los siglos XV y XVI— sino que los mismos escasos restos conservados y llegados hasta nosotros nos lo confirman.

El desaparecido panteón de los Guanartemes, la Cueva Pintada, la geométrica necrópolis de La Guancha, el poblado ciclópeo del Agujero, el troglodita de La Furnia, la famosa Cueva del Clavo, etc. Y, tan solo cito aquí de lo en la actualidad existente y descubierto, lo por mí en reiteradas excursiones visitado.

Cerca de la playa de Sardina del Norte, acogedor paraje en la costa norteña de la isla, en una minúscula cala rodeada de altos acantilados, después de avanzar unos centenares de metros sobre resbaladizo andén rocoso lamido o baticado por las mareas, se llega a la primera de las dos cuevas que componen la del Clavo, de no muy difícil acceso, a media altura en el risco. La primera es amplia gruta desprovista hoy en día de cualquier resto sugeridor de su interesante pasado, en cuyo piso aparecen los hoyos ya observados en otras cuevas, con huellas de cenizas debajo de la fina arena que en capa de varios centímetros de espesor los tapa. De esta gruta es fácil, reptando naturalmente por el risco, pasar a la siguiente, más en el seno de la caleta. Esta segunda estancia ofrece como particularidad en su fondo unos como especie de cubículos o cuevas menores un poco más altos que el nivel del arenoso piso; y en el de la derecha según se entra, hay un agujero de regulares dimensiones por el cual, tras introducirse con alguna dificultad, arrastrándose enteramente, se pueden recorrer bastantes metros de un estrecho túnel que en sentido casi horizontal penetra en las entrañas de la tierra hasta terminar cegado paulatinamente por el fino polvo y arenillas allí amontonados a través de los siglos. La salida desde allí al exterior, si existe, es actualmente desconocida.

Yo realicé esta exploración, una de las primeras por la Gran Canaria, hace ya algunos años y, pese a desearlo, a consecuencia de unas u otras causas, jamás torné a tan interesante lugar; no sé pues el estado actual del túnel y las cuevas descritas pero sí puedo afirmar que quien acude allí queda irremisiblemente prendido del encanto que emana la escondida caleta en donde, generalmente, la tranquilidad es absoluta, con fondo rumoroso del mar que muere acariciante sobre el risco vivo y pulimentado.

Cercano a la Montaña de Gáldar, en donde sin duda existió el núcleo más numeroso de la comunidad isleña prehistórica, se encuentra el conjunto troglodita de La Furnia, hoy casi desaparecido, compuesto de unas cuantas cuevas viviendas, varias en buen estado por ser habitadas y la mayoría derrumbadas. Allí, en el transcurso de los años, se han descubierto numerosos restos de la civilización canaria y que hoy se admiran perfectamente clasificados en el Museo Canario.

Luego, en una zona de la costa en que abundan las playas de cantos rodados y las piscinas naturales formadas por el agua del mar que se introduce en agujeros y viejas erosiones, junto a amplio espacio llano señoreado por la siempre impresionante y bella estampa de la picuda montaña de Gáldar y La Atalaya, se desarrolla la estación arqueológica conocida por El Agujero, bastante descuidada, sucia y olvidada pero que aún

a pesar de estos defectos habla vívidamente al investigador y al viajero entusiasta.

Como repetidamente vengo comentando, diré una vez más que en la Tamarán prehistórica abundaron los poblados ciclópeos, tal vez una de las vigentes muestras que señalan la evolución sufrida por un pueblo que si en un principio, dadas las características singulares del país en donde se le asignó vivir, fue eminentemente cavernícola, terminó construyendo chozas de piedra y barro recubiertas de maderas y ramajes como otras razas y civilizaciones que muy posiblemente, en un remoto e impreciso pasado y con medios todavía ignorados, establecieron esporádicos contactos con los canarios, influyendo de diversas formas en sus rudimentarios modos de vida.

Recorriendo montañas y barrancos aún es frecuente observar edificaciones completamente ciclópeas que los pastores y campesinos construyen siguiendo fielmente las mismas técnicas y planificaciones de sus antepasados. Algunos de estos rediles y refugios contra los elementos, denominados comunmente *corralillos*, pueden muy bien ser restos de aquéllos que hace centenares de años los isleños erigieron para los mismos y otros menesteres.

En la parte de la costa galdense conocida por Playa de Las Cuevas se localiza, como más arriba indico, El Agujero, poblado completamente ciclópeo, en donde se observan numerosas rui-

nas de edificaciones varias, moradas sin duda de un buen núcleo de población en la real villa guanartémica, la prehispanica afamada Agalda.

Hace ya unos cuantos años que en compañía de unos amigos, aficionados como yo a estas cosas, me desplazé a Gáldar con el determinado propósito de visitar su Museo Municipal, reconocer la Cueva Pintada, admirar una vez más el majestuoso templo parroquial y explorar algunos otros atrayentes lugares adyacentes a la ciudad norteña.

Al tiempo que fotografiábamos los venerables *bancos de los hidalgos* en la iglesia y la pila famosa en que fueran bautizados la nobleza y pueblo canario cuando la rendición de la isla a Castilla, un atento sacerdote, percatado de nuestro entusiasta interés, no sólo nos mostró todo lo notable del templo añadiendo amenos y eruditos comentarios apropiados a cada caso sino que, sabedor de que deseábamos admirar lo más posible, nos condujo al Ayuntamiento, nos señaló el imponente drago que crece en un patio interior del vetusto edificio y nos detalló las valiosas piezas expuestas en vitrinas y repisas, cerámica, idolillos, utensilios y demás recuerdos aborígenes allí reunidos y celosamente custodiados, haciéndonos ver también el famoso cuadro acuarela reproducción polícroma de la Cueva Pintada cuando fue descubierta en 1873, llegando, en su amabilidad de documentado cicerone, a acom-

pañarnos al yacimiento ciclópeo de El Agujero, en donde recorrimos todas las interesantes ruinas históricas. Contemplamos el almogaren enorme, con estrado lateral y la piedra plana en un extremo que muy bien pudo haber sido el tajo de ajusticiamiento.

Muchas otras casas de plantas variadas, todas en deplorable estado de conservación, repletas de inmundicias, piedras y tierras procedentes de continuos desmoronamientos.

Al final del extenso poblado, en una ligera elevación del terreno, vimos la reconstrucción ciclópea, geométrica y muy llamativa de la famosa necrópolis real de Gáldar, conocida por La Guancha, que se compone sustancialmente de un círculo exterior amplio amurallado y luego otra edificación también circular, pero excéntrica en el interior, un tanto más alta, con pequeño foso central que se supone era la verdadera tumba real o principal del monumento. Otros túmulos, circulares también, así como algunos rectangulares rodeaban al del centro, a ambos lados de la escalinata que hasta allí, desde el círculo exterior conduce. Fuera de los muros del panteón hay más tumbas rectangulares y de pequeñas proporciones que, según quienes estudiaron el conjunto, son de los servidores.

Posteriormente leí, en una especie de monografía muy interesante de un autor francés que se dedicó al estudio de la cultura canaria prehis-

pánica, que... “esta necrópolis es netamente megalítica por su construcción y neolítica oriental por su planificación”.

Más túmulos circulares y troncopiramidales se extienden en el declive que va hacia la montaña y, al igual que todo el yacimiento de esta estación arqueológica de primer orden, muy abandonados. Así fue como yo ví El Agujero y La Guancha hace unos cuantos años.

XXI

EL CENOBIO DE VALERON Y EL TAGOROR DE GALLEGO

En la Cuesta de Silva, en la carretera general que desde Las Palmas conduce a las ciudades de Guía y Gáldar y a las villas de Agaete y San Nicolás, a media altura en la montaña Gallego se encuentra enclavado el célebre Cenobio de Valerón.

¿Cuántas veces habré ascendido entusiasmado hasta aquel conglomerado de cuevas contenidas a su vez en inmensa gruta?...

Acaso fue el Cenobio de Valerón uno de los primeros vestigios palpables de la raza autóctona que tuve la satisfacción de contemplar y reconocer, influenciado ya por la romántica aureola que envuelve su configuración. De aquellas primeras lecturas realizadas en el Museo Canario referentes al Cenobio y de las subsiguientes entusiastas visitas ha pasado el tiempo; y si bien, al profundizar en estudios que diversas personalidades literarias y científicas han ejecutado de dicho centro, se barrieron de mi mente ensoñaciones sentimentaloides porque, según dichas investigaciones, resulta muy aventurado el imaginar las cuevas un tamogonte acoron, una especie de casa de dios o convento de

harimaguadas y colegio en donde se educaba a las doncellas nobles al tiempo que se engordaba a las que iban a casarse, ya que dicen los eruditos que posiblemente ha sido en el pasado un simple aunque grande agadir o silo comunal, lo cierto es que las cuevas siguen atrayéndome con su encanto especialísimo y sutil, un como efluvio de nostálgica añoranza de lo que fue; y acudo allí una y otra vez, siempre ilusionado.

Buena descripción del Cenobio nos la dejó Millares Torres quien la tomó a su vez de la realizada por Pedro Agustín del Castillo, diciendo aquél que éste menciona al grupo como en terrenos de un Martín Valerón de Guía o Gáldar y que así aparecía asentado en el *Libro de Protocolos de Repartimientos de tierras a los Conquistadores de Gran Canaria*, del municipio de Las Palmas, folio 74, año 1536.

Batliori y Lorenzo, en 1901 escribió un artículo muy interesante en la revista *El Museo Canario*, en el que asegura se componía el Cenobio “de quinientas tres celdas”. Posteriormente este lugar se citó profusamente en la literatura isleña, siendo tal vez la estación arqueológica única lo suficientemente popularizada para que se la incluya como visita obligada en toda excursión turística que las agencias de viajes locales programan por la ruta Norte de Gran Canaria.

Jiménez Sánchez en varias de sus monografías y memorias de excavaciones llevadas a cabo

en la provincia, al estudiar el Cenobio de Valerón situado en la Cuesta de Silva, no sólo lo califica de cenobio, sino que lo cataloga como silo o agadir y también posible taller alfarero pues han sido repetidos los hallazgos de cerámica y abundantes utensilios para confeccionarla como bruñidores, espátulas de hueso o madera, punzones, etc.

El Cenobio de Valerón es una muda y enigmática huella del pasado de aquella civilización canaria que habitó en la isla y, haya sido silo, cenobio, templo de oración, taller de alfarería o colegio de jóvenes, evoca a pesar de su mutismo a quienes hicieron buen uso de él, centenares de años ha.

Como sucede con la mayoría, por no decir con todos los yacimientos arqueológicos isleños, a pesar de su popularidad, de las visitas que recibe constantemente que tanto el foráneo como el nativo allí giran, en la actualidad aparece en lamentable estado de abandono, con serios deterioros en su configuración porque muchos de quienes lo reconocen, sin respetar su significado histórico, profanan el ancestral lugar con toda clase de basuras.

En la misma montaña, algunos metros más arriba, existe un pequeño conglomerado de cuevas, habitadas actualmente y encaladas y engalanadas, restos sin duda de lo que fue asentamiento de una fracción de la comunidad isleña

primitiva. Y en la cima, un amplio espacio allanado, con asientos tallados en la toba rojiza imperante, al aire libre, da clara idea del antiguo tagoror en donde se reunían los nobles o jefes con el pueblo de toda aquella zona dependiente del poderoso reino de Gáldar.

Por las faldas de esta Montaña denominada Gallego y en la circundante y próxima costa, ya desde hace unos años se han venido sucediendo los descubrimientos de cuevas más o menos conservadas a través de los siglos, profanadas, saqueadas y holladas en diversas épocas desconsideradamente por el hombre, tal vez por el que, a pesar de soler defender a ultranza las cosas de la tierra nativa, borra con su congénita ignorancia las más trascendentes huellas de sus antepasados, los indicios que pudiesen servir para conocer mejor a quienes allí vivieron y murieron.

XXII

CUEVAS DE LOS GUIRRES EN EL TOSCON

En diversas ocasiones, durante el transcurso de habituales paseos domingueros familiares en coche, cuando nos llegábamos al barrio de Santidad de Arucas, yo veía intrigado, al otro lado del barranco allí llamado de Lezcano, lo que aparentemente era un compacto poblado troglodita que con las bocas rectangulares de sus cuevas parecía ofrecerse tentador a exploraciones y escalos en un impresionante risco.

La atracción de aquel conglomerado de viviendas era mucha para quien como yo venía desde tiempo atrás practicando la arriesgada afición de reconocer todo posible resto de la población originaria de la raza canaria, explorando montañas, descendiendo a barrancos y ascendiendo por riscos o acantilados de difíciles accesos, siempre en curiosa demanda de estudiar lo mejor y más ampliamente posible las formas de vida de los aborígenes.

Y, un buen día de verano, en horas tempranas y acompañado de un joven estudiante de medicina tan aficionado como yo a este tipo de aventuras, me llegué al lugar conocido como El Toscón, cercano a la carretera que en continuas curvas y abundantes baches conduce de Tamara-

ceite a Teror. Tomando luego la pista o polvoriento camino vecinal a un llano en las altas colinas empleado por varios artesanos que confeccionaban cuerdas y redes de pesca y en donde dejamos aparcado el pequeño vehículo que hasta allí nos trasladó, mi acompañante y yo, ayudados de fuertes bastones en los que habíamos de apoyarnos continuamente, asentando con cuidado el recio calzado de que íbamos equipados por entre malezas ásperas y peligrosas piedras sueltas, con el ánimo decidido e ilusionados, recorrimos unas cuantas lomas en las que las tumeras, las tabaibas amargas y los cardones y gamones no podían faltar.

El paisaje que desde aquellas alturas se dominaba era, como en cualquier otra zona de la isla en que se encuentren cuevas de canarios, impresionante. Al Norte, al otro lado del barranco y en primer término, se desparramaban los barrios populosos de Santidad Alta y Santidad Baja sobre varias lomas parduscas teniendo como fondo a Arucas, la ciudad que crece en las faldas de picuda, característica e inconfundible montaña de traza volcánica y que se destacaba nítida sobre el azul del firmamento; al Este, después de una extensa perspectiva de colinas y montañetas, hondonadas, valles ubérrimos con plantaciones de plataneras y bruscos barrancos, aparecía la silueta de las Isletas y el comienzo de la prolongada ciudad de Las Palmas con los

altos y singulares edificios de la Avenida de Escaleritas escalando las lomas; tanto por el Sur como por el Oeste, montañas agrestes, cumbres de tonos violáceos cortando el lejano horizonte y las blancas manchas de villas y caseríos, de los numerosos pagos grancanarios esparcidos por todo el ámbito que abarcaba la vista.

Mi compañero de excursión y yo caminamos aún un trecho sobre gruesas tuberías de uralita de la conducción de aguas que desde Tejeda bajan a la ciudad. Siempre ceñidos al borde derecho del barranco —que unos dicen de Terror porque de los alrededores de la mariana villa desciende, otros, en aquella parte, de Lezcano y otros más, en fin, de Tenoya puesto que cruza o contornea parte de este pueblecito norteño agrícola eminentemente dedicado al cultivo del plátano—, todavía hubimos de recorrer un buen kilómetro antes de llegar a lo más alto de un farallón cortado a pico sobre el cauce seco y al que con alguna dificultad rodeamos hasta su cara Norte. Resguardado por un gran solapón del mismo terreno, aparecía silencioso, inmutable el poblado que estábamos tratando de localizar. Numerosas manchas blancuzcas señalaban la situación de los muchos nidos que las *aguilillas* y los *guirres*, los *cernícalos canarios*, allí establecieran y que daban nombre al lugar. Algunas de estas parduscas aves rapaces, cada vez más escasas en la Gran Canaria, revolotearon sobre no-

sotros repentinamente alborotadas, pareciendo como que se detenían completamente en pleno vuelo y nos observaban con ojos inquietos antes de descender en raudos planeos a zonas más distantes.

La exploración de la mayoría de las cuevas resultó bastante ardua porque se abrían en la vertical pared, generalmente a media altura y en muchos casos recubiertas, disimuladas u obstaculizadas sus entradas por espesas matas de cardones y erizadas tuneras. En algunas nos fue materialmente imposible entrar por más que de diversas y arriesgadas maneras lo intentamos. Ahora bien, la escalada y reconocimiento laborioso de la mencionada mayoría, aparte de dejarnos la ya clásica satisfacción íntima que generalmente se siente en tales momentos de ejercicio físico y siempre con la expectante ilusión de encontrar algún resto, sea hueso, cerámica, madera, cuero o piedra pulimentada que nos hable más concretamente de quienes allí vivieron en el pasado, nos convenció una vez más de que el poblado entero, totalmente abandonado, había sido en anteriores y sin duda numerosas ocasiones visitado y ni rastro quedaba de vivencias pretéritas.

Fueron unas horas de fatiga y sudor, pero muy agradables. Cuando decidimos el regreso, lo efectuamos recorriendo una ladera del barranco, de suave desnivel, que había estado no

Mis exploraciones canarias

mucho tiempo atrás sembrada de cebada o avena. Acaso allí mismo, en aquel ligero declive del terreno plantaran y recolectaran los antiguos canarios ocupantes del poblado la cebada con que hacían el gofio y pastorearan a los rebaños comunales. Allá abajo aún se podía fácilmente adivinar el torrente de agua que discurriera continuo y abundante, que apagara la sed de gentes y ganados durante siglos.

Hoy, tan solo los lagartos, las aguilillas, los guirres, los conejos y algún perro en apasionante caza dan vida momentánea al solitario paraje.

XXIII

SILOS EN SAN JOSE DEL ALAMO

San José del Alamo es un reducido caserío muy típico, muy de medianías y eminentemente agricultor, situado en el Camino Real que desde El Toscón conduce a Teror.

Hasta que se construyó la actual serpenteante, curvilínea carretera comarcal, fue el Camino Real de San José del Alamo ruta obligada, tanto de cumbreiros, de terorenses y demás habitantes de la zona, que debían trasladarse a la ciudad, como de romeros que acudían a postrarse a los piés de Nuestra Señora la Virgen del Pino.

Según amablemente se me relató, abundan los restos, los vestigios y el recuerdo de una comunidad isleña aborígen que allí se asentó en el pasado. Hay cuevas diseminadas por las laderas, casi todas convertidas más que en viviendas, en *alpendres* y chiqueros así como en rústicas pero aprovechadas bodegas. Algunas de estas cuevas están muy disimuladas y aún ocultas por la vegetación que crece espesa en desniveles y recovecos del terreno; otras tan sólo son ligeras huellas de cuando fueron desapareciendo para dar paso a nuevas y mejores edificaciones.

Un anciano del lugar, ameno conversador y amable guía, quejándose al igual que sus convecinos del abandono total en que se les tiene, del aislamiento de la isla en que vegetan, me llevó al emplazamiento de unos antiguos *asilos*, casi totalmente destruídos, que fueron antaño, por lo que pude colegir, importantes agadires, silos en que los nativos almacenaban comunalmemente sus cosechas de grano.

Después de un largo y detenido reconocimiento saqué la conclusión de que la comarca fue en tiempos pretéritos extensamente habitada. Y no solamente por los canarios de la época prehispanica sino también por los conquistadores, primeros colonos que se asentaron allí dando ellos y sus herederos principio a un pueblo agricultor, cosechero de maíz, de cebada, de patatas, de trigo, etc., en unos terrenos feraces lo mismo de secano que de regadío pues el agua, merced al esfuerzo comunal, no faltó nunca y es abundante su caudal, aprovechado en su descenso desde Las Cumbres.

Este pago isleño es un típico caserío canario, de clásica estampa, con rastros abundantes de aquellos ancestrales seres que lo fundaran; que vive con el nostálgico recuerdo de una vetusta y renombrada ermita, desaparecida a causa tal vez, no del inexorable paso del tiempo sino de la abulia y el injustificado olvido, cuyo techo de fuerte tea está en Tafira, la campana en

Valleseco y la imagen de San José, una ingenua talla así como una curiosa lápida frontal con inscripciones, en Teror, todo ésto según el decir del pueblo. Hay vestigios de la sacristía, de la pila bautismal así como algunas piedras o marcos de la puerta principal en las ruínas del solar hoy cubierto de tuneras cargadas de higos maduros. Se evoca también el grueso álamo de poderosas raíces, poco ha abatido y que otorgara la toponimia del lugar. Luce todavía una única, muy añosa pero esbelta y cimbreante palmera que define el paisaje y es abrigo o residencia de numerosas bandadas de pájaros silvestres trinadores...

Este es San José del Alamo, un agradable rincón canario, se puede decir que completamente inadvertido, ignorado hoy, que vive con la ilusión últimamente renovada de ver asfaltada y adecentada —los vecinos accedieron a la expropiación del terreno preciso para ensancharla— la senda que en el pasado fue transitado Camino Real, por donde, a no dudarlo, deberá penetrar el progreso, el que llevará a la construcción de la ansiada nueva iglesia para la cual hay ya dispuesto, cedido gratuitamente, amplio solar; también llegará la imprescindible escuela, la necesaria energía eléctrica y todo lo que redima de la ignorancia y esclavitud a un grupo de gentes, a un núcleo pequeño componente de la raza canaria heredera.

XXIV

UN POBLADO TROGLODITA EN EL BARRANCO DE GUANARTEME

Subiendo la carretera que desde el barrio extremo de Guanarteme en Las Palmas conduce al Norte por Tamaraceite, a la altura del conjunto de colinas llamado Las Torres y en la margen izquierda del barranco que procedente de San Lorenzo corta el paisaje, suele observarse un grupo de tres grandes cuevas con entradas muy bien labradas, bajo un saliente del terreno y en lo más alto del risco que allí se forma. El acceso a dichas cuevas no es nada fácil aunque puede realizarse de dos distintas maneras: bien descendiendo el borde de aquellos altos lugares que se conocen por Lomos de los Giles y se dedican casi exclusivamente al cultivo del tomate; bien arrancando desde el fondo del barranco en la zona del Ruballo y ascendiendo en pronunciado zigzag la senda propia de cabras que se entrecruza con otras muchas transitadas exclusivamente por animales montaraces. Al lugar en sí se le conoce por la Hoya de las Majadillas y al grupo de cuevas, por las Cuevas Colgadas. Un poco más arriba, en el barranco, se encuentra la Hoya del Paso en donde, en las paredes terrosas de la derecha y también a alguna altura, hubo

unas cuevas, hoy desaparecidas. Aún surgen no obstante algunas de tales cuevas si se sigue avanzando en dirección Oeste; y existe una muy conocida, la de Los Canarios, en la que se encontraron abundantes restos de cerámica.

Como la zona de este barranco que desemboca por un cauce artificial en la bahía del Rincón es militar pues la Marina mantiene allí diversas instalaciones, la exploración del conglomerado troglodita solamente puede realizarse previa solicitud de un pase.

Cuando aún no se había desarrollado la urbanización residencial e industrial de Las Torres y tan solo una polvorienta y maltratada pista recorría las lomas peladas o cubiertas de tomateros que delimitan a ambos lados el barranco de Guanarteme, acudí varias veces al lugar después de descubrir por pura casualidad algunas de las más visibles cuevas; provisto de prismáticos, papel y lápiz iba haciendo idea conveniente de cómo intentar el reconocimiento que ya me tentaba.

Primero decidí que lo mejor era tomar en las afueras de Tamaraceite una de las diversas sendas decentadas para el posible tránsito de camiones entre los tomateros de los Lomos de Los Giles, porque pude observar que una de ellas pasaba a pocos metros del borde superior de las Cuevas Colgadas. Y en fechas de vacaciones, muy de mañana, introduje el pequeño Fiat

que entonces poseía por aquellos vericuetos. Después de subir y bajar colinas y cruzar aislados caseríos de medianeros o aparceros, tratando de seguir las indicaciones de algún campesino, resultó que me desorienté y fui a dar a un pueblecito, Casa Ayala, en lo más alto de una de las montañas que descienden por Tino-ca a morir al mar. No era cosa de retroceder al problemático buen camino tras de haber recorrido varios kilómetros por uno tan accidentado.

Para la siguiente excursión opté por arriesgarme a descender al fondo del barranco de Guanarteme desde Las Torres, por el Ruballo, deseando que de descubrirme los centinelas de Marina, no interpretasen mi acto como una invasión a zona militar acotada. Nadie me interceptó el paso.

Un guardián de cercanas tanquetas de agua para regadío, cuando ya en la parte elegida me lo topé y le confié mi deseo, se brindó gustoso a acompañarme un trecho y mientras descendíamos, él seguro y firme, yo titubeante y desconfiado de mi posible agilidad para tal empresa, aquel buen hombre me fue informando de que tanto las Cuevas Colgadas como la conocida por *la de Los Canarios* apenas eran visitadas pues además de difíciles de escalar estaban en sitio muy solitario y celado por la Marina. Que, no obstante, él recordaba que habían sido explo-

radas hacía tiempo y que creía se habían encontrado cosas de piedra y barro.

Una vez sólo, serpenteando y notando el fuerte declive del terreno, ascendí la ladera que me interesaba. Poco después mis esfuerzos se vieron recompensados porque me encontré en una pequeña plataforma, más bien balcón natural, desde el cual era posible divisar la boca antigua del barranco, cegada en la actualidad, así como una buena panorámica del mar azul y tranquilo de más allá de la Isleta.

Las cuevas, muy bien escarbadas, no me ofrecieron mayor interés que el del gozo de sentirme en ellas. Como ya había observado en casos precedentes aunque acaso aquí no tan abundantemente debido sin duda a lo difícil del acceso, solamente restos de comidas, cascotes de botellas, papeles, alpargatas y algunos huesos de animales las ocupaban.

Después de permanecer un rato en el ameno sitio, descendí y, siempre atento a que alguien me detuviese mas sin que ello sucediese, avancé unos centenares de metros por el cauce hasta llegar al recodo en que comenzaba la Hoya del Paso donde están enclavadas las casamatas militares. Dando media vuelta me quedé con las ganas de reconocer algunas de las cuevas que en la pared izquierda se ofrecían tentadoras y que, según había dicho el guardián que me había servido poco antes de guía, aún unas cuantas

estaban sin explorar.

Según confirma Jiménez Sánchez en unas *Memorias* de excavaciones realizadas por el Servicio, en el año 1945 y cuando se empezaron a construir las ya mencionadas casamatas y otras instalaciones, fueron descubiertas varias cuevas y hallados numerosos objetos de interés arqueológico que comprendían restos de enseres domésticos, humanos, etc. Se dedujo que el poblado allí radicado fue esencialmente ocupado por una comunidad de alfareros y pastores que vivían muy frugalmente, empleando primordialmente en su alimentación los mariscos y pescados extraídos del cercano mar, por las escabrosas playas de Tinoca y El Rincón.

XXV

MAS CUEVAS, LA DEL CANARIO EN LA ISLETA

Los terrenos que hoy ocupa la ciudad de Las Palmas, comprendidos desde las Isletas y Guanarteme hasta San José y San Cristóbal, desde la orilla del mar hasta las lomas de San Juan, San Roque, San Nicolás, San Lázaro, San Antonio, Rehoyas y toda la Ciudad Alta, fueron en el pasado, antes de la conquista de la isla, bastante transitados y aún habitados, pues, además de las noticias que de ello nos facilitan viejos escritos, hay huellas que lo demuestran. Las primitivas crónicas, cuando hablan de la fundación del Real de Las Palmas, dicen *de unas cuevas deshabitadas en lo alto de una loma, en la margen derecha del río Guiniguada*, en donde se instituyó la primera Iglesia de Santa Ana, convertida posteriormente en la actual de San Antonio Abad.

Durante el transcurso de estos últimos años, con el vertiginoso e imprevisto crecimiento de la ciudad que, una vez salvado el obstáculo natural ofrecido por las colinas del Oeste, se extendió y continúa en su dilatación, han desaparecido numerosas grutas, unas naturales tubos lávicos, otras escarbadas por el hombre en

diversas épocas y todavía recordadas perfectamente por las más viejas generaciones.

Ejemplo de ello son las cuevas de San Lázaro, de Mata y de San Antonio que en su día constituyeron el más agudo problema de chabolismo insular, ya superado. Bien es verdad que muchas de las cuevas habitables del Risco, de San Roque, el Pambaso y La Matula en las márgenes del Guiniguada y las de San Antonio por el barranquillo de Mata fueron construídas posiblemente en tiempos muy posteriores a los de la Conquista, con menos de doscientos años de antigüedad, todas ellas con el fin expreso de ser usadas como vivienda, además de algunas otras, toscos y prolongados túneles, consecuencia de las continuas excavaciones y extracciones de piedras para elaborar cal, porque toda la citada zona es caliza sobremanera, así como para el aprovechamiento de tierras, también para la construcción; otras más fueron fallas en el terreno de alubión que se extendió sobre el volcánico y que, como sucedió en Escaleritas, quedaron al descubierto ocasionalmente en obras de allanamientos y urbanizaciones.

Grau Bassas al citar unos hallazgos realizados en la vertiente derecha del barranco de San Lorenzo, cuando en el año 1879 se localizaron algunos utensilios de los canarios prehistóricos, menciona la Cueva de Baez, en el lado Norte del barranquillo, frente al Castillo del Rey.

Gentes capitalinas me han relatado en diversas ocasiones aventuras llevadas a cabo en la exploración reiterada, cuando los tiempos de la infancia y *mataperrerial* adolescencia, de unas misteriosas cuevas, más bien fallas naturales o acaso túneles de extracción de arenas, que atravesaban el lomo de San Antonio desde el arranque del Paseo de Chil hasta las Rehoyas Bajas, a la altura de los actuales cuarteles de los Paracaidistas.

En Escaleritas, en ambas márgenes del barranquillo que se forma por el Lomo del Polvo, junto a las instalaciones permanentes de la Feria del Atlántico, aún es posible observar algunas de estas intrincadas cuevas, a pesar de que la mayoría ya han sido destruidas o tapiadas debido al riesgo permanente que representaban para los niños con afanes y sueños de aventuras y descubrimientos de tesoros.

A la altura del Parque Doramas, en el lado Norte de la desembocadura del barranquillo de Don Zoilo al Paseo de Chil, hasta hace poco había unas cuantas cuevas o túneles de éstos y que, según me contaron, se adentraban muchos metros en la tierra. En las laderas de Cuyás, también sobre el Paseo de Chil, alguna cueva se convirtió en típico local de servicio público. En el desaparecido barranquillo de Escaleritas ocupado hoy casi totalmente por el complejo deportivo López Socas, ¿quién que sea mayor de

20 años no recuerda las sucias cuevas que a causa de ser habitadas esporádicamente por gentes de toda ralea fueron fuerte motivo de escándalo en más de una ocasión?...

Yo no las conocí, pero se me ha contado que cerca del Estadio Insular, en la parte baja de lo que vulgarmente se conoce por el *Graderío de la arena*, existieron unas curiosas cuevas, posiblemente componentes de un poblado reducido de aborígenes y en donde se encontraron restos humanos y utensilios domésticos toscos, siendo durante varias generaciones escondite temeroso pero ideal para la chiquillería de la ciudad.

Además de todas estas cuevas que perforan el suelo de Las Palmas, —alguna de ellas, tal el caso de las citadas del Pambaso y La Matula, por S. Roque, todavía sin explorar convenientemente— otras edificaciones de tipo prehispánico se localizaron en el pasado como, por ejemplo, los restos de una sencilla necrópolis en varias cuevas de la Isleta. Aún puede recorrerse la famosa del Canario, en lo más alto de una de las montañetas, por la parte del Confital. Al respecto, en el año 1904 escribió un investigador de estos hallazgos, ...“la Isleta servía de necrópolis muy posiblemente a la población más miserable de la isla, falta de recursos para tributar honores más pomposos a los cadáveres, allá en espaciosas grutas sepulcrales donde permanecían siglos perfectamente embalsamados”.

Hace algún tiempo, tuve curiosidad por conocer esta Cueva del Canario en lo alto del Confital y que en realidad se trata de un conglomerado de grutas laverínticas, cerca de veinte, escarbadas en un plano inclinado, similares a tantas otras visitadas por la isla, algunas con trazas de haber sido almacenes, silos para grano, todas contenidas en una mayor central. Se me ha relatado que en ciertas épocas de inquietud entre la población isleña, hubo hombres acosados que allí se escondieron, recibiendo víveres de mil ingeniosas formas y sin lograr ser descubiertos jamás por quienes los buscaban.

En el pasado, durante el transcurso de exploraciones, se encontraron numerosos restos de cerámica tosca, utensilios diversos domésticos y algunas osamentas, además de los ya mencionados túmulos de la necrópolis.

En la actualidad, tanto los restos de los enterramientos como el conjunto de cuevas en sí, ofrecen un lastimoso aspecto por el abandono total en que se encuentran. Tampoco las continuas erosiones han respetado la zona y son abundantes los derrumbamientos parciales interiores como lo atestigua la cantidad de escombros que casi imposibilitan el acceso; acceso difícil también de por sí desde la parte baja de la ladera pero que todavía se puede acometer.

XXVI

EXPLORACIONES EN GRAN CANARIA A FINALES DEL SIGLO XIX

Gran Canaria exploraciones, con el subtítulo de *Viajes de exploración a diversos sitios y localidades de la Gran Canaria, verificados de orden y bajo la dirección del Museo Canario, en marzo de 1886*, es una curiosa obra manuscrita, complementada con croquis y dibujos diversos que hace ya algún tiempo tuve el placer de ojear reiteradamente. Parece ser que fue compuesta por el doctor Víctor Grau Bassas, quien asimismo realizó la dicha exploración. En sus páginas, tal como su largo subtítulo indica, se describen, no una sino varias excursiones y su autor emite curiosas y a veces eruditas opiniones acerca de arqueología, antropología, etnología, etc., canaria descubriendo y aportando datos inéditos de las costumbres de los componentes de la raza autóctona.

No es un trabajo realizado con rigor científico, como hoy algún comentarista diría, pero en verdad resulta muy amena su lectura y buena prueba de que las noticias aportadas son interesantes es la de que auténticos investigadores, *canariólogos* como los profesores Verneau, Chil y Naranjo y Wolfer entre otros

muchos lo citaran en sus trabajos y monografías acerca de Canarias y lo canario.

Dado el carácter divulgatorio que a estas *Mis exploraciones canarias* he intentado imprimir mencionando todas las estaciones arqueológicas de la isla más destacables, por mí reconocidas, estimo oportuno el dedicar el presente capítulo a reseñar aunque sea muy someramente las expediciones realizadas y citadas por el doctor Grau Bassas en su obra.

Primero habla de la excursión efectuada a Mogán en 1886, en la que se exploró detenidamente todo el barranco de este término, reconociendo muchas ruínas de lo que por el país se conoce como goros y que el autor trata de identificar. ...“Yo creo que deben llamarse goros por parecerse algo a las chozas que los pastores construyen con este nombre y el cual creo de origen canario. Por la forma, sitio y ciertos vestigios que se notan, creo que esos goros fueron los lugares destinados a alguna práctica, antes de proceder a la inhumación de los cadáveres. Quizás fuese el lugar donde practicaban el embalsamamiento; quizás fuesen algún lugar religioso; en fin, algo que se realizaba con los cadáveres antes de proceder a su sepultura”. A este párrafo de sencilla literatura añadiré yo que la teoría de Grau Bassas fue refutada por el doctor Verneau, quien señala a estos monumentos megalíticos como aptos para otras fun-

ciones de tipo más bien cívico religioso.

En el barranco de Mogán y en la montaña denominada Lomo de los Gatos, el explorador dice haber descubierto uno más de estos goros, así como en la parte alta de Cascarón, considerando a continuación toda la zona muy interesante en huellas del pasado del pueblo aborigen; en la parte baja localizó unos curiosos monumentos que llamó dólmenes. Exploró asimismo en aquella ocasión la Punta de Mogán, el Paso del Rey de muy peligrosa andadura y escaló las alturas de Molino de Viento, Los Goros, Punta de Cruz de Piedra, lo escabroso del barranco de Taurito y toda la montaña de Tauro.

El intrépido explorador recorrió el barranco Ayagaure, reconociendo numerosas cuevas aunque a alguna de ellas, según manifestó, no logró jamás penetrar por lo difícil de su emplazamiento y acceso. Estuvo en Montaña Negra, visitó el cementerio de Arteara o Arteaga, se llegó a Fataga y pudo examinar a placer las famosas cuevas de Pagador.

En Tirajana vio y dibujó la ciclópea Casa de los Canarios de Tunte así como el Almogaren de la Fortaleza en Santa Lucía. Y aún reconoció detenidamente los términos de El Pagador, La Culata y Riscos Blancos tratando allí de localizar el mítico almogaren y monte sagrado de Umiaga; llegó a ascender a Los Pechos junto al

Pozo de Las Nieves, El Campanario y La Plata, recorriendo los Llanos de La Pez.

Por septiembre del mismo año de 1886, continúa relatando el autor del manuscrito, se inició una nueva excursión de reconocimiento a Tejada y La Aldea. Acompañado de un anciano pastor que se subió a la cúspide del Bentayga, Grau Bassas examinó este Roque así como las zonas de Bentayga, la montaña del Carrizo y una meseta situada en medio del barranco de Tejada en donde había las ruinas de un clásico goro, lugar que los nativos conocían por La Iglesia. Asimismo ascendió hasta Artenara en aquella ocasión.

Al año siguiente y también por el mes de septiembre se llevó a cabo la excursión a Tirma, en la cual el entusiasta explorador apenas pudo localizar algún vago vestigio de antiguas viviendas, tanto en la montaña como en los valles y riscos adyacentes.

En febrero de 1888 retornó a la Caldera de Tejada recorriéndola detalladamente, reconociendo lugares históricos como Andén del Toro, Cuevas de Guía y Riscos de Juan Fernández, paraje que fue escenario en el pasado de una cruenta batalla desarrollada entre castellanos e isleños, ganada por éstos.

Recorrió Artenara y Acusa en donde fueron hallados numerosos restos arqueológicos. Siguió parte del barranco por una curiosa sen-

da, especie de calzada que llevaba desde el Ben-tayga hasta el mar, estando también en El Tos-cón, en la Montañeta, El Juncal y El Chorrillo, todos lugares cercanos a Tejeda y en donde existían numerosas sepulturas canarias en sus modalidades de cuevas y túmulos funerarios.

Dejó dicho Grau Bassas que en el Pinar de Lima había muchas cuevas de canarios todavía sin explorar. En el Porrallillo, según comunicaban las gentes del contorno, se hablaba de la sepultura de un gigante que nadie logró aún descubrir.

Las últimas páginas de este entretenido manuscrito están dedicadas a informar sobre la religión, costumbres y otros modos de vida de los primitivos canarios, aderezadas tales noticias con algunos comentarios personales del autor. Es una verdadera lástima que permanezca inédita tan estimable obra que ilustra acerca de muchos parajes isleños todavía desconocidos por la inmensa mayoría del pueblo.

Posteriormente hubo otras caracterizadas excursiones exploratorias, alguna realizada también por Víctor Grau Bassas a quien acompañaba Diego Ripoché, entusiasta investigador canario, pioneros ambos e iniciadores en el estudio del terreno donde se desarrolló durante centenares de años la vida de una raza autóctona y a quienes se ha imitado desde entonces en la apasionante afición de tratar de conocer mejor, con mayor o

menor preparación básica, con más o menos rigor científico pero siempre empujados por un inextinguible entusiasmo, a Gran Canaria y sus antepasados.

XXVII

OTRAS EXPLORACIONES Y RECONOCIMIENTOS

En el presente siglo, después de que a finales del pasado unos cuantos canarios de formación cultural profunda e ideas generalmente evolucionistas fundaran el benemérito Museo Canario, contándose entre tales personajes a investigadores como Chil y Naranjo, Grau Bassas y Diego Ripoche, a los que luego habría de incorporarse activamente el escritor Millares Torres, otros muchos exploradores más o menos aficionados o científicos recorrieron la isla buscando siempre el ampliar los datos que, incompletos, borrosos, habían dejado primeros cronistas e historiadores. De dichas exploraciones nacieron informes, monografías y memorias de inestimable valor para el estudio de la arqueología y la antropología, para un mejor conocimiento de la prehistoria canaria.

En los años treinta, por ejemplo, el canariólogo Juan del Río Ayala y Antonio Doreste García localizaron algunos interesantes túmulos funerarios en el barranco de Silva y efectuaron exhaustivas exploraciones en el Valle de Agaete, descubriendo túmulos, cuevas viviendas, silos y

goros en las laderas que circundan a los Berrazales, además de los hallazgos acaecidos en el mismo valle.

Otra importante expedición fue la llevada a cabo por Serra Rafols, Benítez Padilla y Miguel Fusté en el término municipal de Guía, localizando una cueva sepulcral con cadáveres perfectamente momificados, en el lugar denominado El Morro, cercano a la Cuesta de Silva.

Y, finalmente, los repetidos reconocimientos y estudios efectuados en distintas fechas durante treinta años por la Delegación Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Las Palmas bajo el mandato y dirección de su titular Sr. Jiménez Sánchez, de cuyas detalladas memorias transcribo a continuación un esquema o resumen, por considerar que este mi trabajo no estaría completo sin tales noticias.

En los años comprendidos entre 1942 y 1954 se llevaron a cabo excavaciones en la Necrópolis de Arteara; en el Cenobio de Valerón; en la montaña de Moya; en la Fuente del Sao en el barranco de Guanarteme; en El Carpio, poblado ciclópeo situado por los Llanos de Juan Martín, cerca del Juncal; en la Degollada del Gigante, próxima a las montañas de La Negra y La Carnicería; en las cuevas funerarias de Morro Gonzalo y aún en otros lugares, todos pertenecientes al término municipal de Tejeda.

En la necrópolis de Llanos de la Caleta, cercana a Gáldar.

En Morros de los Caserones, de San Nicolás. Por todo el término de Tirajana.

En las playas de Malpaso y Taliarte; en Tufia, en el barranco de Silva y montaña de La Huesa, en Telde.

En la Cueva del Canario, por el Confital, en la Isleta.

Se localizaron numerosos túmulos tipo pirámide tanto en fincas cual las del Cortijo de San Ignacio y La Huesa, en Telde como en las cuevas de la Isleta y por los Llanos de Las Nieves de Agaete.

Se reconocieron y estudiaron poblados trogloditas y ciclópeos en El Draguillo de Aguatona; en la montaña de Juan Tello, Los Guirres, La Majada, El Agujero, Montaña de Santa Agueda, Llanos del Dean, Risco de la Audiencia y Montaña del Risco, repartidos por toda la isla.

Se exploraron Los Castilletes de Tabaibales, en Veneguera; el Caidero Azul, el barranco del Perchel, Los Pinos, Pie de la Cuesta y Alto de los Pasitos en Mogán; en Los Casarones, Tasarte, Tasartico, Degollada de Gómez y Artejevez, en el término de San Nicolás de Tolentino.

En la playa de Santa Agueda por Arguineguín y en la Hoya del Pastor, en el barranco de Guanarteme; en la Sierra del Bentayga; en Taurro Alto, Tirma y Guayedra, Majada Alta —con

pictogramas—, Cueva del Morro, en Agaete, Barranco de Soria, Mondragones, La Lapa, Morro del Verdugado, etc. Toda esta labor marca un resurgir de la investigación científica, metódica y sistemática, tutelada por el Estado y de la que estaba desvinculada.

Si bien la presente exposición y detalle de lugares reconocidos y explorados por la Delegación Provincial de Excavaciones Arqueológicas demuestra lo exhaustivo de su labor, cabe reconocer que aún existen zonas en la isla, particularmente por el Oeste, en riscadas montañas o abruptos barrancos que no han sido revisados en su totalidad, debido tanto a lo dificultoso de la empresa como al olvido en que yacen topónimos o ruinas que, analíticamente examinados, serían reveladores de sorprendentes y más completos descubrimientos.

Como colofón de la presente obra, en este último capítulo, al igual que hice en el comienzo de la misma, citaré una vez más al primer arqueólogo e historiador científico canario Dr. Chil y Naranjo que tanto contribuyó con su acendrado patriotismo y erudito saber a esclarecer en algo la bruma de ignorancia que pesaba como tupido velo sobre el pasado de esta incomparable región canaria:

“La primera idea en que un pueblo debe fijar su atención es en el conocimiento de su historia, porque sabido es que los pueblos nacen,

crecen, decrecen y terminan y de aquí la necesidad de conocer, de indagar la causa de esos diversos períodos para consignarlos en la historia, a fin de que, analizándolos la filosofía, podamos con acierto deducir consecuencias y corregir defectos; tal es su verdadera misión.

“Conocer la climatología de un país, su posición geográfica, sus producciones y demás accidentes que con el mismo se relacionan, todo ello constituye la base fundamental del progreso”.

FIN

Las Palmas, 8 de septiembre de 1969

BIBLIOGRAFIA

- ABREU GALINDO, Juan.—*Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. (Con notas de Alejandro Cioranescu).
- BATLLORI Y LORENZO, José.—*Un descubrimiento notable*. (El Museo Canario, tomo VIII, pág. 273 a 279.—Año 1890)
- La Gran Canaria antes de Andamana*. (El Museo Canario, año 1900)
- BENITEZ PADILLA, Simón.—*Una breve excursión científica por Gran Canaria*.
- CASTILLO, Pedro Agustín del.—*Descripción histórica y geográfica de las islas de Canaria*. (Volumen I, con notas de Miguel Santiago).
- CHIL Y NARANJO, Gregorio.—*Importancia de las exploraciones*. (El Museo Canario, tomo VI año 1899).
- Expedición a Guayadeque*. (El Museo Canario, tomo I, año 1880).
- Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*.
- FUSTE ARA, Miguel.—*Diferencias antropogeográficas en las poblaciones de Gran Canaria* (Anuario de Estudios Atlánticos, tomo VIII, año 1962).
- GAUDIO, Atilio.—*Sobre el origen de las Canarias prehistóricas*.
- GRAU BASSAS, Víctor.—*Gran Canaria exploraciones*. (Manuscrito fechado en 1886 y años sucesivos hasta el 99, propiedad del Museo Canario de Las Palmas).
- HERNANDEZ BENITEZ, Pedro.—*Telde*.
Inscripciones y grabados rupestres del barranco de Balos, Gran Canaria. (El Museo Canario, núm. 15, año VI, 1945).
- JIMENEZ SANCHEZ, Sebastián.—*Memoria de las excavaciones arqueológicas en la isla de Gran Canaria, de los planes nacionales de 1942, 43 y 44*. (Publicaciones de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Volumen II).
- Nuevas aportaciones al mejor conocimiento de las inscripciones y de los grabados rupestres del Barranco de Balos, en la isla Gran Canaria*. (Anuario de Estudios Atlánticos, tomo VIII, año 1962.)
- Estaciones arqueológicas de canarios aborígenes*. (Anuario de Estudios Atlánticos, tomo XII, año 1966).
- Cerámica neolítica de los canarios prehistóricos*.
- Primeros repartimientos de tierras y aguas en Gran Canaria*.
- Síntesis de la Prehistoria de Gran Canaria*.
- Memoria de excavaciones arqueológicas en la isla de Gran*

Canaria desde 1945 al 51.

- MANRIQUE, Antonio María.—*La Isleta de Gran Canaria.* (El Museo Canario, junio de 1904).
- MARIN Y CUBAS, Tomás.—*Historia de las siete islas de Canaria, origen, descubrimiento y conquista.* (Manuscrito propiedad del Museo Canario).
- MILLARES CUBAS, Luis.—*Una expedición a la caldera del Bentaiga.* (El Museo Canario, tomo VIII, año 1890).
- MILLARES TORRES, Agustín.—*Historia general de las islas Canarias.* (Con notas de Agustín Millares Carló y Antonio Fleitas Santana).
- NAVARRO Y RUIZ, Carlos.—*Páginas históricas de Gran Canaria.*
- PEREZ VIDAL, José.—*La vivienda canaria.* (Anuario de Estudios Atlánticos, número 13, año 1967).
- RIO AYALA, Juan del y DORESTE GARCIA, Antonio.—*Contribución al estudio de la arqueología prehistórica canaria. Dos exploraciones al Valle de Agaete.* (El Museo Canario, número 6, año III, 1935).
- TORRIANI, Leonardo.—*Descripción e historia del Reino de las Islas Canarias.* (Con notas de Alejandro Cioranescu.)
- SOSA, Padre José de.—*Topografía de la isla de Gran Canaria.*
- VIERA Y CLAVIJO, José.—*Noticias de la historia general de las Islas Canarias.* (Con notas del doctor Elías Serra Rafols.)

INDICE

	pág.	5
PREFACIO		
Cap. I.—ALGO ACERCA DE LAS CONSTRUCCIONES ABORIGENES	"	15
" II.—RESUMEN DE UNA LECCION SOBRE AR- QUEOLOGIA CANARIA	"	19
" III.—SOBRE YACIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	"	27
" IV.—CHIFLADOS EXPLORADORES Y APASIONA- MIENTO ISLEÑO	"	31
" V.—LA MONTAÑA DE GANDO	"	35
" VI.—EXCURSIONES POR LA COSTA ESTE DE LA ISLA	"	43
" VII.—TARA, CENDRO Y TECEN EN TELDE	"	51
" VIII.—EL POBLADO CICLOPEO DE TUFIA	"	55
" IX.—LAS CUEVAS DE CALACIO, JUAN DEL PINO Y LA HUESA	"	59
" X.—CUATRO PUERTAS Y LA MONTAÑA BER- MEJA	"	67
" XI.—EN EL DRAGUILLO	"	73
" XII.—GUAYADEQUE	"	79
" XIII.—EN EL BARRANCO DE BALOS	"	87
" XIV.—CUEVAS Y OTRAS EDIFICACIONES EN MORRO BESUDO Y EL BERRIEL	"	93
" XV.—EN EL BARRANCO DE LOS GUINCHOS	"	99
" XVI.—LA NECROPOLIS DE ARTEARA Y LA MON- TANA DE LEON	"	105
" XVII.—EL CAMPANARIO, TIRMA, EL FANEQUE Y TAMADABA	"	113
" XVIII.—AGUMASTEL Y LA CORTE DE LOS GUA- NARTEMES	"	121
" XIX.—LA CUEVA PINTADA	"	125
" XX.—YACIMIENTOS EN LA AGALDA PREHIS- PANICA	"	133
" XXI.—EL CENOBIO DE VALERON Y EL TAGOROR DE GALLEGO	"	141
" XXII.—CUEVAS DE LOS GUIRRES EN EL TOSCON	"	145
" XXIII.—SILOS EN SAN JOSE DEL ALAMO	"	151
" XXIV.—UN POBLADO TROGLODITA EN EL BARRAN- CO DE GUANARTEME	"	155
" XXV.—MAS CUEVAS, LA DEL CANARIO EN LA ISLETA	"	161
" XXVI.—EXPLORACIONES EN GRAN CANARIA A FI- NALES DEL SIGLO XIX	"	167
" XXVII.—OTRAS EXPLORACIONES Y RECONOCI- MIENTOS	"	173

BIBLIOGRAFIA

1969, constituyendo nada menos que treinta años de labor intensa, reconocida y valorada por la Superioridad.

En la exposición de cuanto Carlos Platero ha visto, sigue, y ésto hemos de agradecerle, nuestros estudios arqueológicos prehistóricos.

La obra encierra notables observaciones etnológicas en orden a costumbres y hechos de Geografía Humana, de ahí que resulta ligera, agradable e instructiva.

Sin pretensiones ni dogmatismos ha logrado presentar un trabajo interesante. Al autor debemos reconocimiento por esta inquietud que permite dar a conocer descripciones de barrancadas y valles de Gran Canaria y noticias diversas, sobre todo, porque sin ser canario, ama a lo canario y contribuye a crear inquietudes y abrir horizontes.

El texto de la presente obra "MIS EXPLORAIONES CANARIAS" se desarrolla bajo los siguientes títulos:

- I.—Algo acerca de las construcciones aborígenes.
 - II.—Resumen de una lección sobre arqueología canaria.
 - III.—Sobre yacimientos arqueológicos.
 - IV.—Chiflados exploradores y apasionamiento isleño.
 - V.—La Montaña de Gando.
 - VI.—Excursiones por la costa Este de la Isla.
 - VII.—Tara, Cendro y Tecén, en Telde.
 - VIII.—El poblado ciclópeo de Tufia.
 - IX.—Las cuevas de Calacio, Juan del Pino y la Huesa.
 - X.—Cuatro Puertas y la Montaña Bermeja.
 - XI.—En El Draguillo.
 - XII.—Guayadeque.
 - XIII.—En el Barranco de Balos.
 - XIV.—Cuevas y otras edificaciones en Morro Besudo y El Berriel.
 - XV.—En el Barranco de los Guinchos.
 - XVI.—La necrópolis de Arteara y la Montaña de León.
 - XVII.—El Campanario, Tirma, El Faneque y Tamadaba.
 - XVIII.—Agumastel y la Corte de los Guanartemes.
 - XIX.—La Cueva Pintada.
 - XX.—Yacimientos arqueológicos en la Agáldar prehistórica.
 - XXI.—El Cenobio de Valerón y El Tagóror de Gallego.
 - XXII.—Cuevas de los Guirres, en el Toscón.
 - XXIII.—Silos en San José del Alamo.
 - XXIV.—Un poblado troglodita en el Barranco de Guanarteme.
 - XXV.—Exploraciones en Gran Canaria a fines del siglo XIX.
 - XXVI.—Otras exploraciones y reconocimientos.
- Enriquece la obra una notable bibliografía.

Las Palmas de Gran Canaria, febrero de 1970.

Sebastián JIMENEZ SANCHEZ

(Académico correspondiente de la Real de la Historia)



Precio : 75 Ptas.